

CUADERNOS DE ETNOLOGIA
DE
GUADALAJARA

C. E. Gu., 4 (1987)

4



INSTITUCION PROVINCIAL DE CULTURA
"MARQUES DE SANTILLANA"
EXCMA. DIPUTACION
GUADALAJARA

CUADERNOS DE ETNOLOGIA DE GUADALAJARA

(C. E. Gu.)

*es una publicación de la sección de Etnología
de la Institución Provincial de Cultura
«Marqués de Santillana»*

*La revista aparecerá trimestralmente, componiendo un volumen
anual de cuatro números.*

*Los libros enviados a la redacción serán objeto de recensión
crítica o noticia.*

*Toda correspondencia deberá dirigirse a:
Cuadernos de Etnología de Guadalajara.*

Biblioteca de Investigadores.

Paseo del Doctor Fernández Iparraguirre, 24.

19003 GUADALAJARA.

VIAJEROS POR GUADALAJARA

MARIA ELISA SANCHEZ SANZ

A Faustino, Emilia, Dionisia y Fernando, mis abuelos.

“Cada hombre es hijo de su época y de su patria: cada relato de viaje refleja no sólo el temperamento o genio del que lo escribe, sino también su religión, su cultura, sus creencias, sus ideales patrióticos, estéticos, literarios, etc. Y este subjetivismo del viajero, lejos de ser perturbador, es útil, provechoso”. JULIO CARO BAROJA, 1962

PREAMBULO

Los traslados de un lugar a otro son tan viejos como la misma Historia. Pero no siempre la mente de los que se desplazaban aplicaba a su puesta en movimiento el plan de “estar haciendo un viaje”.

Fueron muchos los que realizaron grandes recorridos aunque no por todos ellos pasara la idea de anotar las distancias, los pueblos a dónde llegaban o por dónde cruzaban, los tipos con los que se entrevistaban, ciertas anécdotas, algunas curiosidades, los distintos comportamientos de las gentes, las formas de vestir, los talleres artesanos que encontraban a su paso, las casas donde se hospedaban, otras costumbres, etc. Aunque también es cierto que algunos otros, en forma de Notas, Diarios, Cartas u otras fórmulas sí nos han transmitido un buen acopio de informaciones que hoy nos resultan de obligada consulta.

Desde la antigüedad, haber viajado era casi sinónimo de sabiduría. “Viajar da saber” opiniaban los griegos y así ha venido creyéndose hasta prácticamente la actualidad.

Los “*sabios-viajeros*” iban a distintos países a conocer a otros sabios, a aprender nuevas teorías filosóficas o a desvelar algunos secretos. Al lado de estos sabios, hubo otros hombres, los “*viajeros-observadores*” que prefirieron viajar sólo por el placer de conocer otros países con sus paisajes, para saber cómo eran sus gentes, cómo vivían o cuáles eran sus costumbres. En los primeros momentos hu-

bieron de viajar con los nautas y los mercaderes, con los soldados, con los colonizadores o se dio en ellos esa doble y habitual faceta de ser militar o espía y viajero-observador al mismo tiempo. Otros, simplemente viajaron para completar sus estudios, haciendo ya el viaje por su cuenta. Y muchos, hicieron penosos caminos, viajando como peregrinos a lejanas catedrales o monasterios, dejándonos después, por escrito, cortos o largos relatos de sus peripecias.

Pero de lo que no hay duda, es de que en casi todos ellos hubo un propósito científico, aunque alguno, en esos viajes, sólo buscara temas con los que provocar efectos literarios.

En muchísimos casos, obviamente, las narraciones se vuelven subjetivas y se escriben en primera persona, tanto para contarnos las calamidades y los peligros que tuvieron que afrontar, como los momentos de éxtasis o de alegría que, afortunadamente, también vivieron.

En esencia, cada viajero emitirá un juicio de acuerdo a su experiencia vital, a su vivencia personal, denotándose muchas diferencias entre franceses, ingleses, alemanes, italianos o portugueses. E incluso entre los ingleses objetivos y curiosos del XVIII y los victorianos de más tarde. Igualmente, entre los románticos explosivos, los efectistas y los melancólicos. Y, desde luego, entre los españoles que también dejaron por escrito sus testimonios.

Las observaciones que hicieron estos viajeros y sus informaciones son valiosísimos documentos que hoy nos evidencian visiones pasadas. Al texto han de unirse las ilustraciones, grabados y dibujos, unas veces minuciosos y documentales, otras desfigurados y truculentos. Aunque cuando las observaciones del viajero y dibujante han sido finísimas y sutiles, el maridaje palabra-imagen ha llegado a ser perfecto e impecable.

* * * *

Ahora bien, **Guadalajara** no ha sido especialmente bien vista y contada por los viajeros de todos los tiempos. Las modas de cada siglo y esencialmente la procedencia de cada viajero, obligaron a realizar distintas entradas hacia España con dos metas fundamentales: Castilla y Andalucía (la primera porque en ella estuvieron las ciudades que fueron Corte, la segunda por la mágica atracción que ha producido desde antiguo), con lo que también se establecen unos *itinerarios*: 1) o la penetración Norte-Sur (generalmente Bayona-Vitoria-Burgos-Madrid) para seguir camino hacia Cádiz, Sevilla o Granada —ruta seguida principalmente por los franceses en el siglo XIX— y también —en caso de ser ingleses— en barco desde Southampton a

Gibraltar o hasta La Coruña y desde allí a Madrid tomando un correo regular que hacía el trayecto en tres días, bajando sin ninguna dificultad hacia Andalucía) con lo que Guadalajara quedaba absolutamente excluida; 2) o la penetración oblicua Barcelona-Madrid, en cuyo caso la situación de Guadalajara puede considerarse estratégica y privilegiada al pasar por su territorio un buen trozo del "Camino General de Ruedas" (también conocido como "Camino Real") que unía la costa mediterránea —zona catalana— y el Reino de Aragón con la Villa y Corte, lo que hacía obligatorio su tránsito por unos 100 kms. desde el límite de la provincia de Zaragoza —por **Embid**— hasta **Alcolea del Pinar** y por otros 92 kms. desde ahí hasta **Azuqueca de Henares** (aún hoy utilizados por la Nacional II y por lo que será la Autovía de Aragón).

Ahora bien, hasta 1833 no se hace una repartición oficial del territorio, y lo que hoy consideramos como provincia de Guadalajara estaba repartida entre otras en siglos anteriores. Por eso, todavía en 1812, Santiago López cita como provincia de Guadalajara o Alcarria —hoy tenida por una comarca más— los pueblos comprendidos entre la ciudad de **Guadalajara** y **Torremocha del Campo** (incluyendo **Brihuega**, **Trillo**, **Cifuentes**, **Jadraque** y **Sigüenza**). Como provincia de Soria incluye las localidades existentes desde **Sauca** hasta **Embid**. Y a partir de ahí se extendía el Reino de Aragón.

Lástima que los viajeros de todos los tiempos no sintieran interés o curiosidad por abandonar lo que era el camino oficial y adentrarse por zonas más recónditas de la Provincia. Pero desgraciadamente, ocurrió así. Los largos y penosos caminos, en tan malas condiciones, no invitaban a "curiosear" y, por tanto, sólo se deseaba llegar lo antes posible al destino. Únicamente un puñado de viajeros por necesidad —salvar un trayecto—, por capricho —"tomar las aguas"— y escasamente por curiosidad —conocer otras tierras, otras gentes, otras costumbres, otros monumentos— nos han dejado un conjunto de noticias ciertamente no muy voluminoso.

Curiosamente, las poblaciones con mayor índice demográfico —salvo Guadalajara— no han quedado —ni quedan— en el Camino Oficial, por lo que han pasado, salvo contadas excepciones, desapercibidas prácticamente para los Viajeros. Y los hechos no cambiaron mucho más cuando el trazado del ferrocarril se abrió paso desde Madrid a Zaragoza.

Por ello **Guadalajara** ha sido una gran desconocida que no ha empezado a ser reivindicada hasta el siglo XX. No debe extrañarnos, de esta manera, que para 1947 Camilo José Cela —si bien refiriéndose a una zona concreta de la provincia— escribiera: "La Alcarria es un hermoso país al que la gente no le da la gana ir". Y así ha sido hasta hace bien poco.

LOS VIAJEROS ¿Quiénes vienen?

Globalizando España —aunque hayamos de centrarnos finalmente sólo en Guadalajara— se puede decir que para los primeros momentos vendrían *gentes de fuera* con proyectos colonizadores, con miras comerciales, etc., habiéndonos dejado “Periplos”, “Descripciones”; “Geografías”, “Itinerarios”... donde aportan noticias históricas, económicas, etnográficas y otras.

Los *peregrinos* son otro grupo de viajeros que aunque con un objetivo muy concreto, Santiago de Compostela, no renuncian a narrar algunos aspectos tales como la situación de los caminos, los pueblos que atraviesan, el clima, dejan algún esbozo de los lugareños con quienes se encuentran y siempre suelen mencionar focos de devoción o hacen relatos hagiográficos. Pero la provincia de Guadalajara no estaba en la ruta de estos viajeros.

Las relaciones amistosas, familiares o políticas de unos Príncipes o Reyes con otros propician que se hicieran y devolvieran visitas de cortesía, aunque a veces, para esto sólo se enviaba a los Embajadores. Todos ellos podemos considerarlos *viajes regios y diplomáticos*. Pero, en cualquier caso, siempre solía acompañar a estos soberanos o a los embajadores algún *cronista* de cuya pluma salían las “Relaciones”, “Memorias” o “Jornadas” oficiales de esos viajes hechos a distintos lugares del Reino. En ellas se dejaba constancia de los actos con que las ciudades o lugares por los que pasaban recibían a sus invitados, de las fiestas, muchas veces también de los alojamientos y desde luego de las sensaciones que en los propios cronistas se producían con ocasión de los paisajes, las gentes, las calles, los edificios, los engalanamientos, etc. En otras ocasiones, estos mismos monarcas celebraban Cortes en otra ciudad del Reino, lejos de su residencia oficial, organizándose una amplia comitiva que les seguía, haciéndose acompañar casi siempre del consabido cronista que ponía por escrito todos los acontecimientos, anotando lugares por los que pasaban, costumbres, industrias, trajes de las gentes y algunas otras alusiones de contenido etnográfico que hoy tienen mucho interés para nosotros.

Otro grupo de hombres que han dejado noticias por escrito de variada índole han sido los *soldados* que desde el recuerdo de la guerra que hubieron de hacer, relatan muchas veces en forma de memorias autobiográficas, los desastres vividos, aunque también aportan datos topográficos con un dominio absoluto de los caminos y campos que pisaron. Las expediciones contra ciertas ciudades son reveladoras, incluyendo descripciones de cómo eran éstas y sus habitantes, así como la decantación a favor de sus ciudadanos según la acogida que éstos hicieran a su ejército.

Ha habido otro grupo de viajeros que llegó hasta nosotros en función de su *espíritu aventurero* decidiendo visitar España por la poderosa atracción que ejercía sobre ellos, no siendo extraño que en ese deambular alguno pasara por Guadalajara.

Algunos otros confiesan que nos visitaron por accidente. Hay quien viaja con *objetivos económicos o religiosos* (Joly, Borrow...). Varios vienen para *curar su salud* (R. Ford trae a su mujer) buscando, en ese caso, las aguas termales de algún balneario, o simplemente nuestro clima o nuestro sol. Hay quienes visitan España por *motivos profesionales* al ser historiadores, botánicos (Bowles) o coleccionistas de arte (Davillier). También las Academias, a fin de confeccionar Diccionarios Geográficos, Itinerarios, Guías de Caminos o Reseñas de Rutas, comisionaron a profesionales que viajando —aunque también se sirvieron de correspondientes— reunieron notas geográficas, toponímicas o costumbristas (Cuadrado, Mellado, Miñano, Madoz, Ximénez de Embún, etc.).

Y no es extraño, tampoco, que a veces sea la mujer la protagonista de alguna de estas aventuras viajeras.

Ahora bien, esta amplia gama de sujetos que van y vienen de un sitio para otro no son exclusivamente extranjeros, también algunos españoles dejaron sus opiniones de nosotros mismos. Pero aunque ámbos, extranjeros y españoles, pasen por un mismo lugar y en una misma época, cada cual interpretará la realidad de una manera. Por ejemplo, son nulas las ocasiones en que un foráneo escriba para posibles lectores españoles. Escribe en su idioma y lo hace para las gentes de su país. Los extranjeros se fijaron más en los caminos, las carreteras, las posadas, las formas de comer, la falta de industria o la ociosidad de las gentes. Los españoles, sobre todo los ilustrados —aunque entre éstos fuera un tópico— critican, censuran y piden al gobierno —a la vista de los paisajes, gentes y pueblos— que se modernicen las comunicaciones, que progresen los modos de vida y que se remedie la aridez de los campos, reformas en suma, que el gobierno de turno casi nunca se tomó la molestia de poner en práctica.

LOS CAMINOS ¿Por dónde vienen?

La casi totalidad de viajeros que hicieron su entrada a España por Cataluña, pero cuyo destino final era Madrid, se vieron en la obligación de tomar el “Camino Real” para salvar este trayecto. Ese “Camino Real” atravesaba por su mitad, más o menos, la provincia de Guadalajara y, salvo algunos viajeros que desde Zaragoza pasaron a Soria y atraviesan **Atienza**, porque su destino es Valladolid, la inmensa mayoría entraba a la provincia de Guadalajara —que en otros momentos históricos era más preciso decir que se entraba al Reino de Cas-

tilla— por **Embid**, procedentes de Daroca, o por **Horna-Sigüenza**, procedentes de Medinacali.

No hay duda que los caminos en los primeros siglos no hicieron sino mantener el tráfico por las calzadas romanas que, a decir verdad, reticulaban la Península, pero la Edad Media sirvió para abrir otros nuevos, con ocasión del nacimiento también de otros focos de población, aldeas, lugares, villas, conventos o lugares de devoción..., caminos, algunos, que fueron empedrados pero que en su mayoría respondían a simples sendas o veredas llamadas "*caminos de herradura*", entendiéndose por tales las carreteras estrechas, recogidas y no vigiladas que unían pequeños pueblos entre sí. Caminos, por otra parte, sin asfaltar, polvorientos en verano y con barrizales en las épocas de lluvia. Caminos muy a propósito para que pudieran atacar los ladrones.

Contra esto, los Reyes Católicos establecen en Castilla, hacia 1476, la "Santa Hermandad", para asegurar la tranquilidad de los caminos y vigilar los despoblados. Y en 1497 crearon la "Real Cabaña de Carreteros" facilitando así el transporte de las mercancías. Un par de siglos más tarde se pondrán en funcionamiento las "postas" y los "correos".

Pero a medida que la red de caminos se va ampliando y complicando se publican los "*Repertorios de Caminos*" a modo de itinerarios de unos lugares a otros indicando los pueblos, ventas, puentes y distancias que debían recorrerse. Los tres más famosos fueron el de J. de Villuga publicado en 1546; el de A. de Meneses, de 1576, y el de J. M. Escribano, de 1767.

Escasean, por tanto, las noticias de cómo eran los caminos entre los viajeros más antiguos, quizá por una razón fundamental: el camino debían salvarlo *a caballo* y pese al esfuerzo que se debiese hacer, era necesario hacerlo, porque no existía ninguna otra alternativa. Todos coinciden en una misma opinión: los caminos son malos y penosos. Y si encima los agentes atmosféricos se ponían en contra podían pasar escenas parecidas a las ocurridas a Felipe II, en 1585, cuando iba de camino a Zaragoza, Barcelona y Valencia, contadas por su archero Henrique Cock:

[8 de febrero] "Fuimos para otro lugar que se dice **Luzon**, dos leguas de Anguita, á la mano derecha del camino, puesto entre unas montañas. Era tanta la nieve que caía por la tarde que, no hallábamos camino, y si Dios no nos socorriese tenía-mos miedo de quedar en el campo.

Sábado, nueve días de Hebrero, se detuvo Su Majestad

en **Anguita**, que había caído tanta nieve que se hubo de abrir camino para los coches" (1).

Además de los caminos de herradura, había "*caminos reales*", que eran especialmente anchos y conducían a pueblos grandes. Otros eran los "*caminos carreteros*" que atravesaban zonas anchas y llanas, también seguros, pero rodeaban algo más.

Los más importantes caminos que atravesaban la provincia eran: *El Camino Real* que procedente de Madrid y Alcalá, pasaba por **Guadalajara, Taracena, Valdenoches, Torija, Trijueque, Gajanejos, Venta del Puñal, Almadrones, Mirabueno, Algora, Torremocha, La Torresaviñán, Sauca, Alcolea**, Venta del Gorro, **Aguilar de Anguita**, Venta del Campo Trance, **Maranchón, Barbacil**, un Puente y un paso expuesto a ladrones, **Anchuela, Concha, Tartanedo, Tortuera y Embid**.

Desde **Torija** se abrían dos rutas, una hacia **Brihuega y Trillo**; y otra hacia **Cifuentes**. Desde **Mirabueno** otra conducía hasta **Sigüenza**. Además, había otra desde **Luzón a Molina**.

Igualmente, existían *caminos de herradura*, uno de ellos casi paralelo al Camino Real, que era el procedente, también de Alcalá, pero que en vez de seguir hacia Guadalajara, iba por **Alovera, Marchamalo, Fontanar, Heras, Torre del Burgo, Hita, Padilla de Hita, Miralrío, Bujalaro, Baides, Moratilla, Sigüenza, Guijosa y Bujarrabal** para salir hacia Medinaceli. Otro iba por **El Pozo, Aranzueque, Fuentelviejo, Tendilla, Alhóndiga, Auñón y Sacedón** hacia los Baños de La Isabela.

Junto a éstos, otros de menor importancia aún, unían **Alovera con Cogolludo; Padilla de Hita con Atienza; Chiloeches con Molina de Aragón, y Pioz con Pastrana**.

Francisco Mellado de Paula, en su "*Guía del viajero en España*", de 1842, hace alusión al paso por **Taracena**:

"del nuevo camino que ha de ir por Soria y Logroño a Pamplona y Francia del que hay muy poco hecho" (2).

Este mismo autor indica que la carretera para ir de **Guadalajara a Molina**:

"se está construyendo de nuevo y formará parte en su día de la General de Madrid a Teruel" (3).

(1) COCK, Enrique, *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, á Zaragoza, Barcelona y Valencia* (Madrid: Imprenta, Esterotipia y Galv. de Aribau y Cía., 1876), pág. 18.

(2) MELLADO, Francisco de Paula: *Guía del Viajero en España*. (Madrid. Gabinete Literario, 41849), pág. 267.

(3) MELLADO, Fco. de P., *Opus cit.*, pág. 597.

Casi todos los viajeros recomiendan evitar los pasos peligrosos, los angostos y los despoblados porque eran los lugares más idóneos para que los salteadores de caminos hicieran su aparición y les robasen. Por eso, Richard Wynn, un viajero inglés, hace una distinción de los caminos basándose más que en su anchura y comodidad, en la seguridad: están los caminos reales por los que es seguro viajar y los trayectos de montaña o de bosque por los que hacen su aparición las cuadrillas de ladrones. No es extraño que las *Guías de caminos* se hagan eco de este problema e indiquen que entre **Barbacil** y **Anchuela** hay un puente sobre el río Gallo y un paso expuesto a los ladrones.

También relativo a la seguridad de los caminos no se le escapó al reverendo Joseph Townsend cuando pasaba entre **Aguilarejo** (Aguilar de Anguita) y **Alcolea** este hecho:

“Encontramos ese día [17 mayo 1786] cinco cruces; la una al salir de un bosque, otra en el sitio en donde se cruzan cuatro caminos y las otras por las cimas de las montañas, donde los ladrones pueden ver todo lo que pasa por la carretera y conocen los medios de escapar” (4).

¡Qué otra cosa se podía esperar! si el propio camino real atravesaba grandes extensiones de tierras aisladas de villas, muy distantes unas de otras, e incluso con despoblados entre medias... Así nos lo describe Antonio Ponz en 1788:

“De Used á Envid hay otras tres leguas de tierras peladas, que parecen unos verdaderos páramos, como la mayor parte de las anteriores, que bien podrían convertirse en buenos montes y en mejores poblaciones” (5).

También cuando va camino de Hita a Sigüenza, cerca de **Membri-llera** dice que:

“los caminos son malísimos, y muy pedregosos, que siendo carretera para Pamplona es gran defecto” (6).

(4) TOWNSEND, Joseph: *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787, with particular attention to the Agriculture, Manufactures, Commerce, Population, Taxes, and revenue of that country, and remarks in passing through a part of France*. (London: C. Dilly, 1791). Tomo I, págs. 235-236.

(5) PONZ, Antonio: *Viaje de España en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. (Madrid: Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, 1788). Tomo XV. Carta Sexta, 18, pág. 245.

(6) PONZ, A., *Opus cit.*, 1788, 2.^a ed. Tomo XIII. Carta Primera, 10, pág. 5.

Por fin, se crispa cuando sale de **Sigüenza**:

“la mayor parte del camino de Sigüenza a Medinaceli es cosa indigna; pero haciendo algún rodeo lo hay para carruages” (7).

No hay duda. Los caminos son malos y, además, no se les presta ninguna atención. Tiene que ser también el finísimo observador Joseph Townsend quien nos lo haga notar. Se encuentra en los alrededores de **Alcolea** y los caminos que tuvo que atravesar para llegar a esa localidad le dan pie para hacer el siguiente razonamiento:

“Los caminos son aquí muy detestables. La nación española es terca en lo que mira a su libertad respecto a las cargas de trabajo, pero eso me parece una mala política. Después que han dado de comer a los campesinos que cultivan la tierra, el primer exceso de renta debe ser aplicado a hacer los caminos para transportar las mercancías al mercado. Si dejan ese cuidado a los granjeros, no le darán la atención necesaria, no gastarán jamás su dinero, su trabajo y su tiempo en ese objeto, el más importante, y en España los caballeros propietarios de tierras, al estar por entero confinados en las ciudades, no padecen la falta de caminos y no ven que es interés suyo el hacerlos reparar. Es el propietario el que, en todos los países, soporta definitivamente ese gasto y es él, también, quien de ello saca el principal beneficio” (8).

En realidad, fue con los Borbones con quienes se inició una política real de carreteras que abrió nuevas comunicaciones. No debe tampoco, por tanto, extrañarnos, que el adecentamiento de los balnearios provocara el arreglo o la construcción de un nuevo camino para llegar hasta ellos. Por ejemplo, cuando en 1777 se instalan oficialmente los Baños de **Trillo**, se hace un nuevo camino carretero para llegar allí pasando por Hueros, **Yélamos** y **Aranzueque**.

“con ahorro de seis leguas de camino y una noche en él, y posadas decentes con lo que lograba el público y transeuntes la posible comodidad” (9).

(7) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo XIII. Carta Tercera, 3, pág. 47.

(8) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, págs. 236-237.

(9) TABOADA, Marcial: *1 Centenario de los establecimientos balnearios de Carlos III en Trillo*. (Madrid, 1878).

Y hechos muy parecidos ocurrieron en el caso de los Baños de La Isabela.

Por lo que se refiere a los caminos generales, nos dice Richard Ford en 1830:

“Volviendo a los caminos peninsulares, diremos que las líneas principales están muy bien trazadas. Estas arterias geográficas, que forman la red de comunicaciones del país, arrancan por lo común de Madrid, que es el centro del sistema. El espíritu ingeniero de Luis XIV fue heredado por sus descendientes españoles, y durante los reinados de Carlos III y Carlos IV se establecieron muchas comunicaciones entre la capital y las principales ciudades. Estos arrecifes y caminos reales fueron planteados casi con excesivo lujo en cuanto a anchura, sostenes y, en general, en toda la ejecución [...] se constituyeron hace cincuenta o setenta años, y muchos siguiendo el sistema de Mac-Adan [...] La guerra de la Península tendió a estropear las carreteras españolas, pues se destruyeron puentes y otras obras de fábrica por conveniencias militares. El estado lastimoso de la Hacienda y las revueltas constantes ha demorado las reparaciones costosas; sin embargo, las de primer orden están tan bien construidas como al principio, y a despecho de las injurias de la guerra, las rodadas y el abandono, pueden considerarse tan buenas como muchas del continente y son mucho más agradables para el viajero por no tener empedrado”.

“Las carreteras comienzan en Madrid y van hasta la ciudades fronterizas y los puertos [...] Estas líneas divergentes en forma de abanico bastan para los que sólo tratan de ir a un punto determinado; pero la comunicación interior entre unos sitios y otros no existe en modo alguno. Esta escasez y especial condición de las carreteras españolas explica los pocos lugares del país que son usualmente visitados...”

“Los demás caminos en España son malos, pero no mucho más que en otras partes del continente, y pueden utilizarse de modo tolerable con tiempo seco. De ellos, unos son practicable para carruajes y otros son únicamente caminos de herradura, por los cuales no hay que pensar ni pasar sino a caballo o a pie; cuando estas veredas son demasiado malas se las compara a las sendas de las perdices. Los atajos son rara vez tolerables; lo mejor es procurar ir siempre por la carretera...” (10).

(10) FORD, Richard: *Las cosas de España*. (Madrid. Turner, 1974), págs. 59-61.

Porque ya lo decía este aforismo: “quien dexa el camino real por la vereda, piensa atajar y rodea”.

Ahora ya los *Repertorios de Caminos* cambian este nombre por el de “*Guías*” o “*Itinerarios de Caminos*” o “*de carreras*”; y cuando aparecen las empresas de diligencias y de ferrocarriles surgen unas guías complementarias a la información ofrecida por los servicios oficiales y administrativos, según nos explicó J. I. Uriol.

Además, para este momento hay una clasificación de *caminos*: los *de primer orden* o generales, que son aquellos construidos por el gobierno y que partiendo de Madrid llegan hasta las orillas del mar o hasta las fronteras; los *de segundo orden* o transversales; los *de tercer orden* pertenecientes a un distrito; y los *de cuarto orden* o vecinales que van de un pueblo a otro. Por ello se hizo también necesaria la creación del *cuero de peones camineros*, obra de Floridablanca, encargados de la conservación de los caminos, distribuidos de legua en legua para efectuar los arreglos necesarios en esas distancias. Se les dotó de banderola y “cinco reales diarios, además de la casa habitación” (11) (hay ya hundidas en nuestros paisajes).

Sin embargo, pese a todas estas medidas hubo lugares a los que nunca llegó un camino, disfrutando —es un eufemismo—, exclusivamente, de la red de rochas, sendas, veredas y vericuetos que había marcado, desde hacía siglos, la fuerza de la tradición. Por eso Richard Ford insiste:

“En las provincias arrinconadas de España los habitantes son pobres agricultores a quienes nadie visita; tampoco ellos salen nunca más allá del humo de sus chimeneas [...] Apenas hay comunicación con personas de fuera; la feria vecina es el comercio donde adquieren lo que les falta, y algún que otro capricho, o bien los buhoneros, que caminan con sus mulas de pueblo en pueblo...” (12).

No andaba muy desencaminado Ford cuando hacía estas afirmaciones a partir de las provincias arrinconadas porque cuando a mediados de la década de los 70 de este siglo José Andrés Riofrío llega hasta la “*tierra del Dios de noche*”, todavía pudo observar esto:

“Al oeste de Ocejón entre las altas crestas de los montes carpetanos y los fragosos valles del Jarama y su afluente el Jaramilla, seis pequeños pueblos se agrupan en un ayunta-

(11) CABANES, Francisco Javier, *Guía general de correos, postas y caminos del Reino de España*. (Madrid: Impr. de Burgos, 1830), pág. 85.

(12) FORD, R., *Opus cit.*, pág. 61.

miento, establecido en **El Cardoso de la Sierra**. Es la zona más aislada de esta amplia comarca, una parcela inimaginable de esta España que aún no posee luz eléctrica, carretera u otro tipo de servicio. Solamente El Cardoso cuenta con ellos; los demás, esparcidos en un área de 200 km²., se encuentran de aquél a horas de caminos. Conseguir los productos más elementales obliga a sus habitantes a largos desplazamientos en caballería por trochas infernales. Comer pan del día es para ellos un lujo difícil de alcanzar.

Hasta las primeras décadas del siglo actual una parte de la actividad económica de sus habitantes estaba presidida por el comercio de trueque; los más valiosos frutos de la tierra eran cambiados, siempre con desventaja por productos inexistentes en ella. La venta de ganado, tradicional medio de vida, motivaba largos desplazamientos hacia las grandes ferias del contorno” (13).

Y lo de los buhoneros, fué clásico. Camilo José Cela, algo más allá de **Cifuentes** se encuentra con un buhonero con quien camina hasta **Gárgoles** y a quien dedica este poema que nos ilustra de las cosas y caprichos que llevaba en su bandeja:

“...Buhonero del camino de la Alcarria
—cintas
alfileres
vidrios de color
horquillas
peinetas
papeles de olor—
tienda de esperanzas para la gente sabia” (14).

Pero no queremos dejar de mencionar la existencia de los “portazgos” y “aduanas” que también existieron. Por lo que a los primeros se refiere, a los vecinos de **Aranzueque**, los de los alrededores, les llaman con el apodo de “portazgueros” por los dineros que cobraban hace años según nos cuenta Tomás de Iriarte:

“en un puentecillo a la salida del pueblo” [que había sobre el Tajuña, en el camino Alcalá-Sacedón] y “dicen que hicieron

(13) ANDRES RIOFRIO, José: *La tierra del Dios de noche*. (Madrid, 1976). Chorten Montañas, 16, págs. 16-17.

(14) CELA, Camilo José: *Viaje a la Alcarria*. (Barcelona: Destino, 1976) (Col. Ancora y Delfín, 101), pág. 13.

pagar también a una efigie de un Cristo con la cruz a cuestas” (15).

Otro portazgo estaba en **Almadrones**, cercano a un parador y a una casa de postas, en el Camino Real.

Y no hace falta precisar más. Las localidades más particulares de la Provincia de Guadalajara siempre quedaron y quedan, al margen de las grandes vías de comunicación, excepto **Guadalajara** (sobre la Nacional II y próximamente sobre la Autovía de Aragón). Y **Sigüenza** —también Guadalajara— sobre la vía del ferrocarril, últimamente potenciada gracias a “*el tren del Doncel*” que funciona durante algunos fines de semana en el verano. Pero el resto de las poblaciones importantes, aunque comunicadas mediante autobuses, se asientan al borde de carreteras comarcales y locales que siempre quedaron muy a trasmano para los Viajeros.

LOS TRANSPORTES ¿Cómo vienen?

La forma más antigua de viajar, naturalmente, ha sido *a pie o a lomo de caballerías*. Cada viajero puede recomendar la suya. Pero sobre el caballo se fueron imponiendo otros métodos de transporte cada vez más rápidos.

No son los Viajeros muy explícitos a este respecto y las informaciones hay que tomarlas de las generalidades que se dan para el resto de la Península.

Casi ningún viajero de los que ya nos son conocidos y que pasaron por Guadalajara lo hicieron andando, pero recorridos tan largos como los que hacían les obligaba, a veces, a bajarse de sus vehículos y *caminar* pequeñas distancias *a pie*, lo que les reconfortaba y hasta les distraía. Así nos lo expresa Joseph Townsend:

“En cuanto a nosotros, teníamos bien poca cosa que temer, porque íbamos bien armados, excepto en los momentos en que preferíamos andar y dejábamos al coche detrás de nosotros” (16)

(15) IRIARTE, Tomás: *Viaje a la Alcarria*. Tomado de la obra de Alejandro CIO-RANESCU quien preparó la edición, introducción y notas del libro titulado *Dos viajes por España*, de José Viera y Clavijo (*Viaje a la Mancha*) y de Tomás de Iriarte (*Viaje a la Alcarria*). (Tenerife: Aula de Cultura, 1976). (Biblioteca de Autores Canarios, XIII), págs. 75-76.

(16) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, pág. 227.

Hay defensores también del *empleo del caballo* para viajar por nuestro país, porque sólo así confían conocer España en toda su integridad. De esta manera describe Alexandre de Laborde las ventajas de viajar a caballo:

“No hay nada más agradable que recorrer así a caballo esta hermosa tierra de España; todos los caminos están embalsamados con el aroma de las plantas, el aspecto del viaje varía constantemente en medio de las montañas que se cruzan y desde las que se descubre tan pronto un amplio panorama como un lugar salvaje y pintoresco” (17).

También Richard Ford da, algunos años después, consejos muy parecidos:

“Que abandonen las carreteras frecuentadas por los coches y se internen por caminos de herradura y veredas, con lo que explorarán rincones poco frecuentados, ciertamente, pero no por eso los menos interesantes de la Península. Hemos tenido la suerte de formar parte de varias de estas expediciones a caballo, unas veces solos y otras en compañía [...] El resultado de todas estas experiencias, unido al testimonio de varios amigos que han *paseado á caballo* la Península entera, nos permite recomendar este sistema a la gente joven, sana y aventurera, como el más agradable y, en realidad [...] el único utilizable en las dos terceras partes del país” (18).

Y todavía José Ortega y Gasset, o don Rubín de Cendoya, en este siglo, por tierras de Berlanga de Duero y **Sigüenza** hace su viaje:

“a lomos de una mula torda de altas orejas inquietas...”,

frase que se desgrana sobre la belleza intrínseca de esos campos amarillos que abrazan Atienza con Sigüenza. Para estos viajeros no pasaba el tiempo, casi ni contaba, porque para ellos no era tan importante la llegada como las sensaciones.

Pero no podemos olvidar que los viajeros que iban de Barcelona a Madrid o viceversa, lo que pretendían era un viaje cómodo y lo más

(17) LABORDE, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des différences branches de l'administration et de l'industrie de le royaume*. (París: H. Nicolle, 1808-1809). Vol. I, pág. CXXXI.

(18) FORD, R., *Opus cit.*, págs. 94-95.

rápido posible. Por eso hicieron uso de otros medios de transporte. Sin embargo, tampoco fueron muy explícitos en contarnos cuáles fueron esos vehículos. Por eso, hemos tenido que echar mano, obligatoriamente, de la hermosa e impecable obra escrita por C. Casado Lobato y A. Carreira Vérez, referente a los Viajeros que pasaron por León entre los siglos XII y XIX, y a quienes remitimos (19). Estos autores han vuelto a traducir y a releer pacientemente a buen número de viajeros extranjeros que pasaron por las tierras leonesas, habiendo extraído de entre todos ellos una apasionante y sustanciosa lista de "formas de viajar". Varios de estos datos también han sido aprovechados por nosotros.

Así que, además de ir a pie o montado a caballo, otra forma más cómoda de viajar fué la *litera* que era una silla de camino, con dos asientos y suspendida de dos varales para enganchar a dos mulos, uno delantero y otro zaguero. Fue éste un sistema ideal para que viajasen damas, enfermos o ancianos, y desde luego más tranquilo y menos polvoriento que el carruaje.

Quizá el transporte más generalizado, no obstante, debió ser el *coche*, palabra derivada del "Kocssimy" o carro de Kocs, originario de Hungría, según nos explica J. I. Uriol y que Isabel Turmo opina pudo ser introducido en España por Margarita de Austria. Llevaba cuatro ruedas y tiraban de él cuatro caballos.

Debió ser muy aparatoso ver pasar la comitiva de Felipe II cuando en 1585 se desplazó hasta Zaragoza, Barcelona y Valencia. Al pasar por **Torija** su archero Henrique Cock escribe:

"Esta villa es del Conde de Coruña, toda cerrada de muros, y tienen hacia el poniente un castillo medianamente fuerte á la mano izquierda del camino real. En éste estaba Su Majestad con el Príncipe y sus hijas en un corredor que caía al mediodía, viendo el número de nuestra guardia pasar. Su Majestad, habiendo por entonces comido, se puso luego en el camino, estando nosotros aguardando en un llano junto á la puerta donde se entra en la villa y tirando nuestros pistoletes en señal de nuestra venida. El Rey se fué con sus hijas en el coche y el Príncipe en la litera. Las damas asimismo iban en sendos coches. Cosa era muy linda de ver tantos coches, carros, caballos, criados del Rey á caballo y á pie, acemileros y todas suertes de

(19) CASADO LOBATO, Concepción y CARREIRA VEREZ, Antonio: *Viajeros por León. Siglos XII-XIX*. Prólogo de Julio Caro Baroja. (León: Santiago García, 1985), 319 págs.

hombres ir de léxos por el camino, cada uno con cuidado de ir delante nosotros para que no fuesen impedidos” (20).

Se estilaron luego las *calesas*, con asiento para dos personas; tenían dos ruedas y eran tiradas por un caballo.

Se impusieron después los *coches de colleras* así llamados porque las seis o siete mulas que tiraban del carruaje llevaban collerones hechos con lona o cuero y rellenos de paja, dirigiendo el cochero con las riendas, sólo, en realidad, a las mulas más cercanas, porque las otras las guiaba con la voz. Tenían dos ruedas delanteras bajas y dos traseras muy altas. Pero debían de traquetear mucho a los viajeros. Este parece ser que fue el vehículo utilizado por Joseph Townsend para desplazarse de Barcelona a Madrid y aunque durante su paso por la provincia de Guadalajara sólo hace escueta mención a su “coche”, sí que lo cita —comparándolo— cuando de Madrid va a El Escorial, donde expresamente habla del coche de colleras llamándole mucho la atención la obediencia de las mulas a la voz del cochero, también acompañado de un zagal que era quien les arreaba cuando era necesario. En el Camino Real que pasaba por Guadalajara había cambio de tiros de caballerías o casas de postas, al menos, en **Toriya, Almadrones y Torremocha**.

Otro sistema de transporte fué la *galera*, carruaje de cuatro ruedas que se cubría con una lona dispuesta a modo de bóveda que se sostenía por medio de aros. Era conducida por varias parejas de mulas. Solía enlazar las poblaciones de segundo orden y tenía lugares fijos de parada en sus recorridos, pero no era un servicio regular, por lo que debían anunciarse sus salidas. Dentro se mezclaban indiscriminadamente equipajes y pasajeros (21). Cuando la galera era de gran tamaño recibía el nombre de “tartana”.

El servicio de *diligencias* se creó en 1788, pero hasta 1815 el servicio no se hizo regular. Primero fueron de monopolio real, y cuando desapareció éste, se formaron varias compañías. Una de ellas, la empresa Diligencia-Correo, el 7 de noviembre de 1825 “se dividió en dos, una con el título de Sociedad de Diligencias y Mensajerías de Cataluña quedó en Barcelona, y otra que, con el de Compañía de Reales Diligencias se estableció en Madrid, fijando por límites de sus respectivas expediciones, la primera toda Cataluña hasta las capitales de Aragón y Valencia, y la segunda el resto de España” (22).

La Compañía de Reales Diligencias en 1829 estableció, entre otras líneas, la de **Guadalajara**.

(20) COCK, H., *Opus. cit.*, pág. 15.

(21) CASADO LOBATO, C. y CARREIRA VEREZ, A., *Opus cit.*, págs. 69-81.

(22) GUTIERREZ GONZALEZ, Antonio: *Manual de Diligencias*. (Madrid: Imp. y Fund. de E. Aguado, 1842); págs. VII-VIII.

El 13 de diciembre de 1836 la Compañía se reconstituyó bajo el título de Compañía de Diligencias Generales de España, que desde entonces y hasta la terminación de la guerra civil en 1840, no pudo establecer ninguna línea nueva, suspendiendo algunas y variando los servicios de otras, “continuando los de Zaragoza y los diarios a **Guadalajara**” (23).

Desde 1840 fueron restableciéndose los servicios e incluso se crearon algunos nuevos, como la línea estacional de los Baños de **Trillo** creada en 1841.

“A principios de 1841 se formó en Madrid otra Sociedad de Diligencias denominada de Carsí, Ferrer y Cía., que estableció sucesivamente sus servicios en las carreras de Valencia, Valladolid, Zaragoza, Sevilla y Granada, planteando también a mediados de 1842 el de La Coruña por Valladolid y Tordesillas, los de Aranjuez, **Guadalajara** y los estacionales de **Trillo** y **Sacedón** y Bayona” (24).

Decía Richard Ford de la diligencia:

“Este modo de viajar es el más barato, el más seguro y no parece indigno de la ‘gente bien’, pues la realeza misma viaja en estos coches” (25).

Un poco más abajo insiste:

“En algunas de las nuevas compañías está incluido todo en el precio del billete: a saber, viaje, postillones, posada, etc., cosa muy conveniente para el forastero y que le hace ganar dinero y energía” (26).

Quizá, la mejor descripción de una diligencia nos la haya dejado Hans Gadow cuando viajó desde La Coruña a Santiago y que transcriben Casado y Carreira en su obra ya citada (27). En esencia, este coche de caballos es un carruaje dotado de un “interior” donde van algunos pasajeros faltos de espacio y de aire; de una “berlina” o pequeño departamento para tres personas; del “coupé” o especie de segundo piso con cinco asientos; y la “baca” detrás de éste para el equipaje, aunque los viajeros de cuarta clase también se acoplan allí. La diligencia iba tirada por seis u ocho caballos y la solían dirigir un ‘delan-

(23) GUTIERREZ GONZALEZ, A., *Opus cit.*, pág. VIII.

(24) GUTIERREZ GONZALEZ, A., *Opus cit.*, pág. X.

(25) FORD, R., *Opus cit.*, pág. 68.

(26) FORD, R., *Opus cit.*, pág. 70.

(27) CASADO LOBATO, C. y CARREIRA VEREZ, A., *Opus cit.*, págs. 73-76.

tero', un 'zagal' y el 'mayoral' o cochero, manteniendo, generalmente, una velocidad constante.

Algo más llama la atención de Richard Ford cuando escribe:

“Como los coches típicamente españoles se construyeron en tiempos remotos y antes de la invención de los estribos plegables, la subida y la bajada a ellos se facilitaba mediante un escaño de tres patas, que se suspendía junto a la portezuela mediante tres correas” (28).

Pero, en general, la diligencia era un servicio eficaz, que gustaba y del que llegó a decir Larra que serviría para difundir las ideas “que se agarran como el polvo a los paquetes y viajan también en diligencia” (29).

Guadalajara, ya lo hemos dicho, contó con un servicio diario de diligencias. Estas salían a las ocho y media de la mañana del número 27 de la calle de Alcalá, en Madrid, y entraban a las dos de la tarde (30).

Tuvo Antonio Ponz un contratiempo entre **Renera** y **Zorita**, que no deja de contar a su buen amigo y que nos sirve para reconocer otro tipo de transporte: *las barcas* por el Tajo:

“La malo es, que divertido en mirar al Tajo perdí el camino de **Almonacid**, que era facilísimo de perder: se acababa la tarde, y consentí en no encontrarle mas, y aun de quedarme aquella noche en campo raso á ser mísero despojo de los mosquitos [...]. Era día de Santiago, y por consiguiente no se descubría alma viviente á quien preguntar por toda la campiña, ni el que me guiaba conocía la tierra mas que yo; pero ya quiso Dios ponerme en sendero, y que llegase á la barca despues de anochecido. Mas arriba de esta barca, como un quarto de legua, está situada la Villa, y castillo de Zurita, lugar de veinte y cinco vecinos, en donde hay otra barca, y en igual distancia rio arriba se une el Guadiela con el Tajo junto al molino de Bolarque. Estas noticias me las daba el barquero mientras duró la navegación” (31).

(28) FORD, R., *Opus cit.*, pág. 73.

(29) Referencia tomada de CASADO y CARREIRA, *Opus cit.*, pág. 78, quienes a su vez toman la cita del artículo de Mariano José de LARRA *La Diligencia*.

(30) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 141.

(31) PONZ, A., *Opus cit.*, 1977. Tomo I. Carta Octava, 23, pág. 349.

Por fin, un último medio de viajar, anterior a las grandes comodidades modernas, fué el *ferrocarril*. Un defensor de este medio de transporte y quien, quizá, explicó con todo detalle los entresijos de la construcción del trayecto Barcelona-Madrid fué Bailleux de Marizy. Publicó sus artículos en la “Revue de Deux Mondes”. Allí nos explica que la línea Barcelona-Zaragoza fué concedida a una sociedad de crédito de Barcelona pagando el Estado en acciones del ferrocarril la tercera parte de los gastos de las obras. En cambio, la unión Zaragoza-Madrid (y un buen tramo pertenece a Guadalajara) fué adjudicada “a varios eminentes capitalistas encabezados por los señores Rothschild”, aunque también apoyó Grand Central, obteniéndose a mediados de 1856 la concesión para construir dicho trayecto:

“No podemos dejar de reconocer que la línea de Zaragoza a Madrid está mucho menos favorecida en cuanto a la población de las tierras que recorre; aunque tiene que atravesar una comarca rica en cereales, su suerte venidera se basa en la unión con Barcelona, Pamplona o Francia” (32).

Esta línea de ferrocarril Madrid-Zaragoza se comenzó en 1857. La parte correspondiente a Madrid-Jadraque se terminó relativamente pronto porque el terreno apenas ofrecía dificultades, ya que casi todo él era llano. Para 1859 nos cuenta Germond de Lavigne que se habían construido 60 kms. de vía, puesto que se podía tomar el tren de Madrid a Guadalajara, inaugurado el 3 de junio de ese mismo año —y el 5 de octubre hasta **Jadraque**—, activando los empresarios los trabajos desde Zaragoza hacia el suroeste, esto es hacia Guadalajara, elogiando cómo esta epopeya ferroviaria alcanzaba su más alto nivel hacia **Sigüenza**, allí donde

“la vía y el arroyo se cruzan y disputan el estrecho terreno del fondo de la garganta” (33).

“El trayecto era cubierto por dos tipos de trenes: los expresos butacas —trenes directos y de lujo—, y los ómnibus, que podían efectuar paradas en todas las distancias de su recorrido” (34), nos recuerda Angel Bartrina Lozano, en momentos más recientes.

(32) AYMES. Jean-René: *Aragón y los románticos franceses (1830-1860)*. (Zaragoza: Guara, 1986). (Col. Básica Aragonesa, 41), pág. 76.

(33) AYMES J.-R., *Opus cit.*, pág. 78.

(34) BARTRINA LOZANO, Angel: *La línea férrea Madrid-Guadalajara*. (Guadalajara: Semanario “Nueva Alcarria”. 2 enero 1982), pág. 25.

Otro buen defensor del ferrocarril, o al menos un usuario fiel, fué Charles Davillier. Venía, en 1862, desde Zaragoza y evoca cómo cantan el nombre de las estaciones. Escribe:

“Las ciudades van estando muy próximas en la línea de Zaragoza, pues una hora después de haber salido de Medinaceli se llega a Sigüenza, ciudad pequeña y muy linda, alzada como un anfiteatro sobre una colina coronada por el palacio episcopal, que sigue llamándose el Alcázar” (35).

Pero no fue éste el único viajero que utilizó el tren, porque en la Semana Santa de 1891, también la escritora Emilia Pardo Bazán visitó Guadalajara y Sigüenza utilizando este medio de transporte:

“Hacia luna durante nuestro viaje de Guadalajara a Sigüenza, y el país, conforme nos acercábamos á tierras de Aragón, aparecía abrupto y montañoso [...] Y el alcalde [de Sigüenza], persona muy cortés, nos esperaba en la estación...” (36).

También utilizó el tren Manuel P. del Río Cossa para su viaje a la ciudad de **Guadalajara**, encontrándose de golpe con los cipreses del cementerio.

Y Camilo José Cela cuando en 1946 hace su “Viaje a la Alcarria”, mientras espera el autobús de Sacedón, se hace el siguiente razonamiento:

“Al rato llega el autobús; ninguno de los pueblos que el viajero conoció, salvo Guadalajara, tiene ferrocarril” (37).

En la actualidad tampoco. Sólo se ha conseguido dotar al trayecto Madrid-Barcelona de doble vía.

EL ALOJAMIENTO ¿Pudieron hospedarse?

Por las definiciones y las diferencias que se aprecian entre las palabras ‘albergue’, ‘mesón’, ‘posada’ y ‘venta’, dadas por Sebastián de

(35) DAVILLIER, Charles: *Viaje por España*. Ilustrado por G. Doré. (Madrid: Castilla, 1957), pág. 891. (Hay edición de Anjana; 2 vols. de 1984).

(36) PARDO BAZAN, Emilia: *Por la España pintoresca. Viajes*. (Barcelona: López Editor. Librería Española, s.a.), pág. 104.

(37) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 179.

Covarrubias a comienzos del siglo XVII y por las narraciones que nos han dejado los propios viajeros, queda claro que estos 'establecimientos' sólo proporcionaban alojamiento, pero en ellos no se servían comidas y a lo sumo el posadero podía —si quería— cocinarles los alimentos que los mismos viajeros llevaban consigo comprados en el pueblo donde se hospedaban o a alguien que se los vendiera por el camino.

“**Albergue**”: ‘lugar donde acuden de diversas partes a comer y reposar’.

“**Mesón**”: ‘lugar donde concurren forasteros de diversas partes y se les da albergue para sí y para sus cavaladuras’.

“**Posada**”: ‘la casa donde reciben huéspedes, porque descargan su hato y el cansancio de sus personas’.

“**Venta**”: ‘casa en el campo cerca del camino real, a donde los pasajeros suelen pasar el medio día y a necesidad hacer noche’ (38).

Y es cierto que muchos viajeros antes de entrar en Aragón o de salir de él hacen provisión de alimentos y lamentan mucho, cuando entran en Castilla, que aquí no exista el *arancel*, propio de Aragón, Cataluña y otras zonas geográficas, en el que se hace constar la tarifa de los precios de los géneros, en un lugar visible de la posada, estando también en esos reinos protegidos los viajeros por un magistrado que es quien fija anualmente el precio de cada cosa. Y para alojarse, no es extraño, tampoco, que algunos viajeros hagan uso de cartas de recomendación.

Pero hay de todo por la provincia de Guadalajara. Viajeros que hablan bien de las posadas porque son acogedoras, limpias y ordenadas. Viajeros que hablan mal porque son pequeñas, incómodas, no tienen cristales en las ventanas y están sucias. Viajeros que se enojan porque ha de separarse en dos o tres grupos el grueso de su comitiva repartiéndose por los pueblos cercanos. Pero mejor será que ellos mismos nos lo cuenten.

Partió Felipe el Hermoso (archiduque) —esposo de doña Juana— de Bruselas, en noviembre de 1501, e hizo su primer viaje a España. Con el vino su chamberlan, Antoine de Lalaing que fué quien escribió la Relación de este viaje. Al llegar a **Guadalajara** (8 octubre 1502) les recibió el Duque del Infantado, permaneciendo allí un par de días. Pero cuando siguieron su camino:

“El lunes el archiduque se alojó a tres leguas de allí, en una casa de campo llamada Térís perteneciente al duque, que tiene

(38) COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Edición facsímil de la de 1611. (Madrid: Turner, 1984), págs. 108, 802, 878 y 999.

un parque muy hermoso, pero bastante montuoso y dotado de animales salvajes y algunos árboles. Y el séquito de monseñor se alojó en un pueblecillo llamado Hita, a una legua de allí, que se asienta al pie de un monte y tiene un castillo, que es el más fuerte de España [...]. El monseñor, el archiduque y una parte de su séquito se alojaron en Jadraque, pueblo perteneciente al marqués de Cenete, a cuatro leguas de dicha casa, y hay allí un castillo muy hermoso, a unos dos tiros de arco. Allí hubo de dividirse el séquito de monseñor por causa del alojamiento, en tres partes. El conde palatino estaba en una, el jefe de comedor en otra y el archiduque en la tercera. Los pueblos y los alojamientos son malos.

El jueves salieron de Jadraque y comieron en el pueblo de Baides, y se alojaron en Sigüenza a cinco leguas de muy mal camino, y se apearon el archiduque y su mujer [...], fueron alojados en casa de un canónigo cerca de la iglesia [catedral] [...]. Allí tuvo monseñor, al volver del castillo, noticias de la muerte del Cardenal Mendoza muerto en Madrid, y se detuvo monseñor todo el día del viernes, donde nosotros fuimos tratados muy mal. No se podía por dinero obtener pan ni vino, ni con muchos trabajos sardinas, huevos ni merluza, de tal modo que en la mesa del Señor de Wille, primer chamberlan, un huevo fué partido en cuatro partes y dado a cuatro personas” (39).

El aprovisionamiento de alimentos que los viajeros debían de hacer antes de ponerse en ruta o el hecho de adquirirlos en alguno de los pueblos por los que pasaban durante el recorrido, lo pone de manifiesto esta breve alusión hecha por Henrique Cock durante el viaje de Felipe II en 1585 a tierras de Zaragoza, Barcelona y Valencia. Dice así:

“A la mano izquierda del camino está un pueblo de quinientas casas llamado Truxeque, del Duque del Infantado; á la derecha otro que se dice Fuentes, y es del Licenciado Barriónuevo de Peralta. Los labradores de entrambos estos pueblos, queriendo amostar la alegría que tenían con la venida de Su Majestad, bailaban al uso de España con los dedos; algunos vendían a los pasajeros carne, pan, vino y otros mantenimientos” (40).

(39) GARCIA MERCADAL, José: *España vista por los extranjeros. Viajes por España y Portugal*. (Madrid: Aguilar, 1952). Tomo I, págs. 429-600.

(40) COCK, H., *Opus cit.*, págs. 15-16.

Siglos más tarde, será el reverendo Townsend quien haga alusión a la compra de alimentos antes de entrar en paisajes áridos y poco poblados.

Abundando en la necesidad de partir en grupos la comitiva, Francisco Fabro Bremudans nos lo indica cuando relata el viaje que Carlos II hizo al Reino de Aragón, en 1677, a su paso por los pueblos de Guadalajara que estaban sobre el camino real.

“De Torija se passo a comer a Grajaneros, y a dormir a Torremocha, Villa mas capaz para el alojamiento, que aun se pudo desahogar, passando parte de la gente, carruage, y Acemileria a una pequeña Aldea distante quarto de legua” (41).

A Noberto Caimo no le trataron mal los posaderos por tierras de Guadalajara cuando nos visitó en 1755, pudiéndose hospedar, incluso, en un monasterio próximo a Villaviciosa de Tajuña. Venía por Medinaceli, procedente de Barcelona, así que su entrada la hizo por **Sigüenza**. Allí:

“La posada en donde me alojé no es de las más malas, y me encontré allí bastante bien; no hablo de la compañía que allí tuve de tres especies de animales que tan familiares son a los españoles. Estaban tan hambrientos, que se arrojaron todos al mismo tiempo sobre mí, y no me han dejado sino después de haberse cargado bien de mis despojos, y aún han quedado algunos que se han quedado de cuartel conmigo, sin duda por no haberse saciado bastante” (42).

Como otros viajeros visitó la catedral y el Palacio Episcopal, pero

“no teniendo más nada que ver allí que mereciese la pena, y sintiéndose excitado por la cantidad de pimienta con la que todos los alimentos se encontraban sazonados, hasta sentirme incómodo por ello, juzgué a propósito continuar mi viaje. En el momento que partía, una persona que me había tratado con gran amabilidad durante mi estancia, me envió algo con que ayudarme a vivir en el terreno desierto que debía pasar, y en

(41) FABRO BREMUDANS, Francisco: *Viage del Rey Nuestro Señor Don Carlos II al Reyno de Aragón*. (Madrid: Imprenta de Bernardo de Villa-Diego, 1680), pág. 22.

(42) GARCIA MERCADAL, J.. *Opus cit.*, 1963. Tomo III, pág. 405.

el que no podía hallar auxilio ningno. Era un pan que tenía un pie largo de espesor y que estaba relleno de una gruesa tortilla con bacalao. Fué eso para mí un obsequio precioso y del que quedé muy agradecido a mi bienhechor” (43).

Siguió su camino y pasó por **Mirabueno**, pero:

“el posadero de este sitio, no teniendo absolutamente nada que darme, hube de recurrir al pan relleno que había llevado, que me pareció tanto mejor cuanto tenía un gran apetito, que es el mejor de todos los sazonamientos. Hice, a continuación, con deleite, un poco de siesta en un granero, sobre un montón de cebada...” (44).

Emprendió de nuevo el camino y siguió andando hasta hacer de noche:

“Hacia el fin del día descendí a un pequeño valle donde está situado **Villaviciosa** [de Tajuña], villa pequeña, pero bastante célebre. Tenía una carta de recomendación para el padre prior de un monasterio que me dio allí retiro. De otro modo no habría podido hallar donde alojarme. Me recibió con mucha amabilidad, y durante dos días que me obligó a permanecer allí no hay especie de buenas memorias y de atenciones de que no me colmara” (45).

No le ocurrió, en cambio, lo mismo a Norberto Caimo en **Lupiana** donde:

“... por mucho gusto que tuviera de charlar con ese fraile que hablaba muy bien el latín, me vi obligado a dejarlo muy pronto a causa de una legión de pulgas que empezaron a devorar mis piernas” (46).

Joseph Baretti en su camino hacia Barcelona, en 1768, observa a lo largo de las localidades que atraviesa que:

Las paredes de casi todas las posadas “estaban cubiertas de inscripciones, proverbios, garabatos y obscenidades en prosa

(43) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 406.

(44) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 406.

(45) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, págs. 406-407.

(46) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 408.

y verso” pero la de Torija le resulta memorable al viajero a causa de la posadera “tan hermosa como la bella Catalina de Badajoz”, cuya presencia en la mesa, a la hora de la cena, hizo esa comida particularmente grata. La noche siguiente, en Algora. Baretti se encontró compartiendo la cena del Marqués de Castromonte, que, de regreso de su misión diplomática en Venecia, había reservado la venta. Le dio cuenta el marqués de que existía el proyecto en Madrid de mejorar las ventas y posadas de los caminos principales, confiando su dirección a extranjeros “cosa nada fácil —observó Baretti— en un país tan poco frecuentado por viajeros como éste” (47).

De todos modos, fué a mediados del siglo XVIII cuando Tomás Fernández de Mesa escribe un tratado utópico para mejorar las posadas titulado: *Tratado legal y político de caminos y posadas*, verdaderamente revolucionario en su época. Pero no se llevó a la práctica.

Tomás de Iriarte, cuando hubo de retirarse a Gascueña (Cuenca), en 1781, para reponer su salud, nos cuenta que:

“En Aranzueque hay un mesón nuevo con buenos cuartos, pero no había nada que comer” (48).

Claro que a él no le fué mal del todo porque de alguna manera aquél día se ganó la comida. Nos dice así:

“Para pasar el tiempo hasta mediodía, me fui a tocar el órgano de la iglesia, que no es malo. El sacristán quedó tan prendado de mi sobresaliente habilidad, que me envió de regalo unos peces que había pescado aquella mañana” (49).

Luego continuó su viaje hacia **Tendilla** y allí, en el convento de Nuestra Señora de la Salceda, que tenía hospedería, pasó la noche:

“Los padres franciscanos me hospedaron muy generosamente y me dieron buena cena con que desquitarme de la mala comida del mesón de Aranzueque” (50).

(47) ROBERTSON, Ian: *Los curiosos impertinentes: Viajeros ingleses por España (1760-1855)*. Prólogo de Manuel Fraga Iribarne. (Madrid: Editora Nacional, 1976), pág. 70.

(48) IRIARTE, T., *Opus cit.*, pág. 75.

(49) IRIARTE, T., *Opus cit.*, pág. 75.

(50) IRIARTE, T., *Opus cit.*, pág. 76.

Pero se ve que los monasterios y los conventos no eran los indicados para conciliar el sueño porque también este viajero hubo de sufrir la impertinencia de los insectos:

“Ya he dicho lo bien que me hospedaron y dieron de cenar los Padres; pero como los gustos de esta vida no son durables, quiso mi mala suerte que cargasen sobre mí aquella noche tantas pulgas que no me dejasen dormir” (51).

A veces, no calcular bien las distancias también conllevaba sus riesgos. Eso le pasó a Antonio Ponz yendo desde el Monasterio de Sopenetrán a **Hita** a donde ya llegó anochecido:

“y lo peor fué no haber encontrado lugar en dos infelícísimos mesones que hay en ella, ni quien nos recogiese por nuestro dinero, de suerte que hubiera sido preciso quedarnos al raso, si un caballero no nos hubiera convidado en su casa, quien nos trató con generosidad, y cortesía correspondiente á su persona. Esta misma cortesía me sirvió de mortificación, por la incomodidad que me parecía dar en la casa, y traté salir de la Villa muy temprano, como lo hice, para que no me sucediese errar las medidas, como el día anterior” (52).

Cuando llega a **Guadalajara** se apeó:

“en un mesón en el extremo opuesto de la Ciudad inmediato á San Francisco [posiblemente se refería al de El León], a donde me fuí en derecha” (53) [...]. “Satisfecha mi curiosidad en San Francisco, me fuí á la posada, que para lo que se usa no era del todo mala, y habiendo comido, y descansado, empleé la tarde en vér Iglesias...” (54).

En cualquier caso, tiene y se lleva un grato recuerdo de su travesía por la Alcarria después de haber bajado y subido varias cuestas:

“hasta el Lugar de Renera, adonde llegué poco antes de medio día. Dí con el meson, que no manifestaba mas capacidad, que la de una angosta entrada, ni mas sobre que recostarse

(51) IRIARTE, T., *Opus cit.*, pág. 77.

(52) PONZ, A., *Opus cit.*, 1788. 2.^a ed. Tomo XIII. Carta Primera, 8. págs., 4-5.

(53) PONZ, A., 1787. Tomo I. Carta Séptima, 31, pág. 326.

(54) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo I. Carta Séptima, 34, pág. 329.

que sus duras piedras. Afligíme al vér el mal rato que me esperaba, y mas viniendo fatigado del calor, y de tan mal camino; pero en medio de esto, tuve fortuna de encontrar lo que en la mayor parte de nuestras posadas no se encuentra, que es agrado, y buen modo en la Mesonera. Con esto ya fué todo mejor de lo que creía; y en quanto á la comida asó un gran trozo de carnero (que el de la Alcarria es de lo bueno que hay en España), nos procuró algunos huevos, y fruta; y en su angostísima cocina me acomodé con mi comitiva satisfaciendo maravillosamente el apetito, á que también contribuyó por su parte el exquisito vino de este Pueblo. Aún me faltaba otra cosa para que del todo quedase desmentido el mal concepto que formé del alojamiento, y era cama, en que reposar la siesta. Al instante que aquella excelente muger lo entendió, me llevó á un aposentillo mucho mas estrecho, y pobre que el de un Capuchino, en donde con mucho aseo me tenía compuesta una camilla: dormí un buen rato hasta que me llamaron. Quando llegó la hora, se acomodaron los rocinantes, remuneré muy bien á mi huésped, y me dispuse á subir una cuesta, que me pareció mas pesada, y larga, que la de Fuenfria” (55).

Sin embargo esta hospitalidad no la volvió a encontrar Ponz en la Alcarria, e incluso, hospedarse le llevó a cierto enfrentamiento, porque cuando el día de Santiago de 1769 llega a **Almonacid de Zorita**, ya caída la noche:

“Me apeé en el mesón, que por fuera no parecía malo. Pero ay, amigo! allí fué ella *post tot discriminis rerum*. Mas quisiera haber dado con una furia, que con semejante posadera. No hubiera sido mas mal recibida, ni con igual descortesía una plaga de langostas. Preguntele, que si había en donde poner las maletas: respondiome que no; pero con tanta gracia, como haría un Arraez á sus esclavos. Repetí que si tenía camas: si había de cenar para las personas, y animales; y á todo respondió como al principio; pero siempre mas desabrida, y descortés: de manera que falto de paciencia prorrumpí contra semejante harpía, diciéndole en lengua que no entendiese lo que el Pretextado de Horacio á la hechicera Canidia [...] con todo lo demas que me vino á la boca: y tomando el trote á casa del

(55) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo I. Carta Octava, 19, págs. 345-346.

Corregidor, le alabé su buena providencia, á quien ya atribuía la hospitalidad del mesón. No me respondió con malas razones; bien que nada concluía; pero me tapó la boca, procurándome alojamiento en caso de un honrado hidalgo, en quien hallé de sobra la cortesía, la generosidad, y todo cuanto le faltaba á la crudísima mesonera. Me dio cama, y gustosa cena, y el día siguiente de Santa Ana, cuyo nombre tenia su muger, me instó de mil maneras á no salir de su casa sin hacerles compañía á la mesa; en vista de la qual, y de lo que en ella se puso, créame V. quedé muy contento, agradecido, y satisfecho” (56).

Otros viajeros, como el reverendo Joseph Townsend, tan finísimo observador en todo momento, no nos deja opinión de las posadas en su recorrido, en 1785, por la provincia de Guadalajara, y cuando lo hace, a su paso por **Anchuela**, lo hace en estos términos:

“Anchuela, todavía es una aldea miserable y no hay en su posada más que una habitación con dos camas sucias. Cuando faltan camas, los oficiales usan de sus privilegios y son alojados por el alcalde en casa de algún particular” (57).

Justo antes de haber salido del Reino de Aragón es cuando había dado la interesante noticia sobre la existencia del *arancel*.

Gaspar Melchor de Jovellanos, cuando en 1798, fue a ‘tomar las aguas’ a los Baños de Trillo, telegráficamente en sus *Diarios* nos deja noticias de dos posadas, la de **El Pozo**:

“tolerable, aún nueva y no demasiado sucia, bien que descuidada y mal asistida”

y la de **Aranzueque**:

“cómoda”, pero con “mala asistencia” (58).

Para el siglo XIX, Richard Ford se hace eco de que:

(56) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo I. Carta Octava, 24-25, págs. 349-351.

(57) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, pág. 229.

(58) JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Diarios*. Selección y prólogo de Julián Marías. (Madrid: Alianza, 1967). Diario Noveno, pág. 260.

“una de las muchas ventajas del viaje en diligencia es la seguridad de detenerse en las mejores posadas” (59).

Ya vimos que el precio del billete en una diligencia incluía hasta la posada, lo que daba derecho a lo siguiente:

“el desayuno, que se toma muy de mañana, consistente en una jícara de chocolate espeso [...] suele acompañarse con unas rebanadas de pan tostado o frito, y detrás se toma un vaso de agua fría, costumbre que no abandonará jamás nadie que esté bien con su hígado. Después de rodar un número determinado de leguas, cuando los pasajeros están bien magullados y hambrientos, se sirve un buen almuerzo de tenedor, semejante en un todo a la comida que ha de hacerse por la noche; la mesa es abundante y excelente para los aficionados al ajo y al aceite. Los que no gusten de ellos tendrán que atenerse al pan y a los huevos, que son muy buenos; el vino es por lo regular color de púrpura y algunas veces sirve como vinagre para la ensalada, del mismo modo que el aceite se emplea en los guisos y en la lámpara” (60).

R. Ford nos dice de **Guadalajara** que:

“las posadas son malas, pero la de la diligencia es la menos mala de todas” (61).

Charles Davillier visita también la ciudad de **Guadalajara** pero afirma que:

“aunque es la capital de la provincia, tiene Guadalajara muy pocos recursos y apenas encontramos sitio donde alojarnos pasablemente” (62).

Unos veinte años después, en 1891, Emilia Pardo Bazán rompe una lanza en favor de las posadas de estas tierras y habla de una de las fondas de **Sigüenza** que ha permanecido hasta casi nuestros días; nos dice:

(59) FORD, R., *Opus cit.*, pág. 70.

(60) FORD, R., *Opus cit.*, pág. 71.

(61) FORD, R.: *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa. Parte II. Castilla la Vieja.* (Madrid, Turner, 1981), pág. 160.

(62) DAVILLIER, Ch., *Opus cit.*, páf. 895.

“Las malas noticias que teníamos de las posadas segontinas hicieron que el gobernador de Guadalajara previniese al alcalde de Sigüenza que nos buscase alojamiento: y el alcalde, persona muy cortés, nos esperaba en la estación, y nos dejó instaladas en la fonda que se eleva á espaldas de la estación misma, y que contra todos mis informes es cómoda y limpia hasta un punto sorprendente, y se considera que en poblaciones de mayor importancia no es fácil encontrar tan buen acomodo. Dormimos en mullidas camas, y nos despertamos con el afán del que llega á un pueblo desconocido, y ansía la hora de echarle el primer vistazo” (63).

Pero ha sido, sin lugar a dudas, Camilo José Cela, quien mejor ha dejado contado al mundo de las posadas y sus personajes: amas, criadas y posaderos. Así como sus interiores e interioridades. De entrada, en la Alcarria, no hay mesones y el parador se diferencia de la posada:

“El parador es una posada con cuadra” (64).

Posadas había en Trillo, La Puerta, Budía, Pareja, Sacedón (la de Francisco Pérez) y Pastrana. Y paradores los hubo en Torija, Gárgoles de Abajo, Casasana y en Tendilla (Parador Antiguo de Juan Nuevo).

En el parador de **Torija**:

“El viajero se lava en el zaguán, en una palangana colocada en una silla de enea. Un niño llora sin demasiadas ganas. Las gallinas empiezan a recogerse. Un perro escuálido husmea los pies del viajero [...]. El parador de Torija es un parador donde no hay vino, un parador donde la niña tiene que ir a buscarlo, cuando a un viajero se le pregunta ¿va a tomar vino?, y contesta que sí [...]. La mesa tiene un hule a rombos blancos y de color rosa [...].

—¿Y la luz?

—La luz viene más tarde.

El viajero cena alumbrado por un candil de aceite. Judías con chorizo, tortilla de patatas con cebolla y carne de cabra, dura como el pedernal. De postre toma un vaso de leche de cabra. Cuando llega la luz, ya con noche cerrada, el filamento

(63) PARDO BAZAN, E., *Opus cit.*, pág. 104.

(64) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 169.

de la bombilla no hace más que enrojecer un poco, como un ascua. Entre la enredadera, la bombilla encendida parece una luciérnaga” (65).

En el parador de **Gárgoles**:

“el viajero cuelga su espejo de un clavo en la puerta misma, y se afeita la barba. Por el espejo ve que lo contemplan, desde lejos, quince o veinte personas” (66).

En la posada de **La Puerta**:

“el viajero termina de comer y se echa a dormir la siesta en una habitación inmensa, destartalada, en una cama con cinco colchones de paja y grande como una plaza de toros. En la alcoba hay seis o siete baúles de lata de colores, alzados del suelo con unos tacos cubiertos con colchas rameadas, color naranja y azul. Hay también una mesa de camilla en cueros, dos espejos con marco dorado y multitud de cromos de anuncio y dos fotos de un barbudo teniente de la guerra de Cuba” (67).

En **Casasana**:

“la madre de la Carmen Gabarda acoge al viajero con ciertas reservas. En los pueblos suelen recibir bien al que va de paso, pero con alguna frialdad. Están escamados y hacen bien” (68).

Hay otro apartado que no renunciamos a exponer. Nos referimos a donde se hospedaban —“donde vienen a parar”— los Ordinarios, Arrieros, Caleseros y Carruajeros de la provincia de Guadalajara cuando llegaban a Madrid, datos extraídos de dos *Guías de Caminos*. —La de 1767:

“En la calle de Alcalá, en el Meson de la Encomienda frente al Real Estanco del Tabaco, vienen a parar los Ordinarios de Guadalajara Manuel Martínez y Angel Vicente, dos veces a la semana y también los Ordinarios de [...] Pastrana...”.

(65) CELA, C. J., *Opus cit.*, págs. 55-57.

(66) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 114.

(67) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 135.

(68) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 169.

“En dicha calle (Cava Baja) al Meson del Dragón, los Ordinarios de [...] Brihuega...”

“En dicha calle (Cava Baja), a la acera de enfrente, en el Meson de la Villa, los Ordinarios [...] y algunos arrieros de Torija, (Alvarracín y de los serranos de Cuenca con papel de estraza)” (69).

—La de 1828:

“En la calle de Postas, al Meson del Peine, vienen los de Algora, [...], Hinojosa, Molina de Aragón y su partido; Pastrana [...], Sigüenza [...]. También van a la calle angosta de San Bernardo, al Meson de la Gallega, los de Alcocer, Buendía, Budia, Durón, El Recuenco, Mondéjar [...], Salmerón [...]. Al Meson de la Encomienda, calle de Alcalá, vienen los Ordinarios de Guadalajara [...], con tartanas, coches y carros; también suelen ir los caleseros de [...] Guadalajara al meson de la calle Infantas [...]”. (70).

Todo un mundo éste, absolutamente íntimo, que los Viajeros, gracias a sus “inoportunas” narraciones, nos han permitido conocer adentrándonos en sus delicias, enfados, cansancios y debilidades.

Porque esas posadas, aunque sórdidas y oscuras, no impidieron que el mejor consuelo para descansar fuera el sueño, ni el peor enemigo el hambre. Pero los Viajeros hicieron lo que pudieron para remediarlo todo.

LOS ITINERARIOS

Un número importante de viajeros que venían de Barcelona a Madrid, o viceversa, atravesaron la provincia de Guadalajara por su parte central y norte, tomando el Camino Real que entraba a la provincia por Embid y lo abandonaba en Azuqueca. Este camino sólo se ha mantenido en la actualidad hasta Alcolea del Pinar, bajo la denominación

(69) ESCRIBANO, Joseph Mathias: *Itinerario Español o guía de caminos para ir desde Madrid a todas las ciudades y villas más principales de España*. (Madrid: Imp. Miguel Escribano, 1767).

(70) LOPEZ, Santiago: *Nueva Guía de Caminos para ir desde Madrid, por los de rueda y herradura, á todas las ciudades y villas más importantes de España y Portugal, y también para ir de unas ciudades a otras*. (Madrid: Imp. de la Viuda de Aznar, 1812), págs. X-XI.

de Nacional II, construyéndose ahora la Autovía de Aragón. Pero el tramo que comunicaba Alcolea con Embid se ha desechado, aprovechándose únicamente el que va hasta Maranchón por donde hoy sigue la carretera N-211 hacia Molina de Aragón, con dos desviaciones al llegar a Monreal del Campo, una hacia Tarragona (N-420) y otra hacia Teruel (N-330).

Hubo otros viajeros que también tenían Barcelona por destino, pero dejaban el Camino Real en Mirabueno y, pasando a Sigüenza salían por Medinaceli, poniéndose, de nuevo, en el camino hacia Zaragoza, ruta prácticamente aprovechada por el ferrocarril y la N-II, que triunfó por fin.

Otros viajeros que pretendían llegar a Valladolid, tomaron alguna vez la ruta de Atienza, lo que les permitía salir cercanos a Ayllón. En otras ocasiones, también fué utilizada por viajeros que procedían de Zaragoza.

Pero hubo otros caminos de régimen interior por la provincia que fueron los más frecuentados por los españoles, aunque también por italianos e ingleses.

Si la geografía de Guadalajara la desgajamos en cuatro zonas naturales: Campiña, Serranías, Señorío (o paramera) de Molina y Alcarria, podemos decir que fueron escasísimos —ninguno entre los que hemos podido consultar amén de los que llegaron en la década de los setenta de este siglo— los viajeros que se aproximaron hasta las faldas del Alto Rey o del Ocejón, que muy pocos atravesaron la Campiña —exceptuando, naturalmente, la ciudad de Guadalajara—; y que casi nadie se adentró por los Montes Universales. Aproximadamente siempre siguen el Camino Real.

Se visitan las ciudades tópicas y típicas, sobre todo Guadalajara y Sigüenza. Se elude Molina, sin duda porque no estaba puesta sobre el tramo del Camino Real. Y se frecuenta Sacedón y Trillo, porque en ellas existían baños donde “tomar las aguas” con poderosas virtudes medicinales.

La Alcarria, en cambio, se atravesó varias veces, en orden inverso a como lo hizo Cela, o bien recorriéndola en su parte alta, al salir de las sierras, para después llegar hasta Guadalajara y proseguir ruta hacia Madrid.

Alguna visita se hace lógica, como la de Dom Edme de Saliens, abad cisterciense, acompañado por el monje Claude de Bronsaval; son de carácter religioso, y llegaron hasta los Monasterios de Monsalud, Ovila o San Bernardo de Guadalajara, y más tarde, otros frailes fueron a Lupiana o junto a Villaviciosa (monasterio de San Blas), visitas, ciertamente, a lugares no próximos a las rutas tópicas.

Todos estos viajeros nos han aportado noticias de variada índole, desde las artísticas que son las más abundantes, hasta la demográficas,

pasando por las gastronómicas, industriales, paisajísticas o meramente lúdicas, no faltando tampoco, aportaciones regeneracionistas conducentes a una mayor distribución equitativa de la riqueza, poniendo las bases de unas nuevas ideas económicas y hasta políticas.

Ahora, sin pretender ser exhaustivos, transcribiremos varios párrafos con informaciones dejadas por algunos de los viajeros más relevantes que cruzaron la provincia de Guadalajara.

NOTAS DE ANDAR Y VER

1. Por la Campiña.

Esta zona geográfica representa, aproximadamente, una extensión de unos 1.000 km². Cruzan por ella el Henares, el Jarama y algunos cauces de agua de segundo orden tales como el Arroyo de las Dueñas, etc., amén de los cursos finales del Sorbe, Bornova y Cañamares.

La denominación de "Campiña" le viene impuesta por su condición de terrazas fluviales anchas sobre las que pueden cultivarse hortalizas, árboles frutales y algunas viñas, así como cereales. Pero también son compatibles con esta vegetación los robles, las encinas y las choperas a lo largo de los cauces de agua.

La ciudad de Guadalajara se asienta en la Campiña, destacando localidades tales como Uceda, Valdenúño-Fernández, El Casar de Talamanca, Mohernando, Yunquera y Azuqueca de Henares, entre otras.

De ellas, lógicamente, la más frecuentada es Guadalajara, pero también otros pueblos fueron vistos por varios viajeros. Veamos las opiniones de alguno de ellos.

Abu-Adb-Allah Mohamād al-Edrisi, geógrafo árabe, fue uno de los primeros que dejó una descripción de **Guadalajara**:

"Bonita población bien fortificada y abundante de producciones y recursos de toda especie. Está rodeada de fuertes murallas y tiene aguas vivas. Al occidente de la villa corre un pequeño río que riega los jardines, los huertos, los viñedos y los campos donde se cultiva mucho azafrán, destinado a la exportación. Este río [Henares] corre hacia el sur y se arroja después en el Tajo" (71).

(71) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo I, págs. 192-193.

Geronimus Müntzer, en 1499, ve tan grande **Guadalajara** como Ulma [una localidad alemana] y la sitúa en una prominencia del terreno. Se hace eco del Palacio del duque del Infantado, que considera el más fastuoso de España, describiendo su arquitectura, artonados, distintas estancias, capillas y caballerizas (72).

Para Antoine de Lalaing, que acompañó a Felipe el Hermoso y doña Juana, en 1502, **Guadalajara** le pareció una ciudad

“larga y gibosa, del tamaño de Engheien, y tiene calles mal pavimentadas” (73).

Andrea Navagero en 1524, opina de **Guadalajara** que

“es muy buen pueblo y tiene hermosas casas”

y además nos da cuenta de que el duque del Infantado tiene

“una capilla de excelentes músicos”.

Cuando salieron de la ciudad lo hicieron

“por un hermoso puente de piedra con una torre en medio” (74).

Para 1546 pasó por **Guadalajara** el portugués Gaspar Barreiros.

El Embajador veneciano Segismundo di Cavalli vino a España en 1567 y también pasó por **Guadalajara**, celebrando los palacios y el puente de piedra sobre el Henares (75).

Felipe II estuvo en esta ciudad de **Guadalajara** en 1585; su archero Henrique Cock escribe de ella que

“es una de las diez y seis que hacen las Córtes de Castilla”.

Y se plantea ya la etimología del nombre de Guadalajara que traduce como “río de las piedras”:

(72) MUNTZER, Geronimus: *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*. (Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1924), págs. 172-175.

(73) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo I, págs. 429-600.

(74) NAVAGERO, Andrea: *Viajes por España*. (Madrid: Turner, 1983). pág. 23.

(75) *Relación del viaje del Embajador veneciano Segismundo di Cavalli a España*. (Véase nota 101).

“Es repartida en siete ú ocho parroquias, de las cuales son las más principales la de Nuestra Señora y la de San Gil. Tiene algunas plaças, pero pequeñas, y las calles angostas, porque como su sitio es en alto, ocupan las casas de los vecinos las llanuras”.

También ensalza el palacio del Duque del Infantado:

“muy adreçado de pinturas, estatuas, fuentes y huertos, y tiene al poniente sus estanques de peçes y cisnes que nadan en ellos” (76).

En 1650 pasó por **Guadalajara** William Edgeman, pareciéndole una ciudad bonita.

También Cosimo de Medicis, cuando pasó por **Guadalajara** en octubre de 1668, dedica un elogio al palacio ducal, escrito por el redactor oficial L. Magalotti (77).

Con “plantas, estatuas y fuentes artificiales”

recibió la ciudad de **Guadalajara** a Carlos II cuando éste viajó al Reino de Aragón en 1677. Y también el cronista Francisco Fabro Bremudans describe su historia y sus antigüedades (78).

Louis de Rouvray, Duque de Saint-Simon, que pasó en 1721, nos cuenta:

“dormí una noche en **Guadalajara** donde ocurrió la catástrofe de la princesa de Ursinos y donde vi el panteón del duque del Infantado” (79).

A medida que van pasando los años surgen nuevos atractivos que visitar en esta ciudad. Norberto Caimo pasó en 1755:

“Seguí mi viaje por un terreno muy desigual, y después de haber marchado durante cinco horas llegué a **Guadalajara**, patria del poeta [Alvarez] Gómez. Aproveché el poco tiempo que allí estuve para ver la manufactura de paños que allí fabrican, a la manera de los de Holanda. Son de tan buen tinte e

(76) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 13.

(77) MEDICIS, Cosimo de: *Viaje por España y Portugal*. Ed. de A. Sánchez Rivero. (Madrid: Sucesores de Rivadeneira, s.a., [1933]), págs. 76-77.

(78) FABRO BREMUDANS, F., *Opus cit.*, págs. 18-20.

(79) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 349.

igualmente bien en todo, excepto que no están tan bien apretados y golpeados y no tienen tanto cuerpo, de manera que al usarlos se encogen al principio y se estiran después, como se quejan todos los que de ellos se sirven” (80).

Y luego, le hicieron ver el Palacio del Infantado.

También a Joseph Baretto, en 1760, le gustó la Fábrica de paños de **Guadalajara** que amablemente le enseñó un vizcaíno. Hasta 64 telares contó en una sala y en ella trabajaban extranjeros porque todavía no conocían el oficio los españoles (81).

Antonio Ponz le dedica a la ciudad de **Guadalajara** cuando la visita en 1769 ocho páginas de su “Viage de España”. Entra en ella denunciando hechos: el gran puente sobre el Henares estaba roto por el medio desde 1757:

“los pueblos de hasta 30 leguas habían contribuido”

pero su restauración no se llevaba a efecto, incluso existiendo buenos caudales pagados por

“los pasajeros para pasar por el puente de barcas”.

También cuenta algo de historia de la ciudad y visita San Francisco, el Panteón, el Palacio del Duque del Infantado y la fábrica de paños (82).

Para el Barón de Bourgoing, hacia 1777, **Guadalajara** sólo fue una

“interesante ciudad situada en una eminencia, un poco más allá del Henares” (83).

Indudablemente, debió pasar de largo.

En el “Viaje de Fíguro a España” el Marqués de Langle en 1784, se permitió decir:

“Gracias a una fábrica de paños los habitantes de **Guadalajara** tienen buenos trajes, buenos zapatos, buen aspecto y un aire de satisfacción. Los obreros duermen la siesta, a la una todo está cerrado y no se puede ver nada” (84).

(80) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 408.

(81) ROBERTSON, I., *Opus cit.*, pág. 70.

(82) PONZ, A., *Opus cit.*, 1787. 3.^aed. Tomo I. Carta Séptima, 30-38, págs. 324-332.

(83) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 1018.

(84) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 1318.

El reverendo Joseph Townsend, en 1786, nos contó con mayor precisión cómo funcionaba la industria de paños que para ese momento ya era real fábrica:

“**Guadalajara** está dividida en diez parroquias y contiene, dicen, dieciséis mil almas, con catorce conventos. Se ha hecho famosa por su real manufactura de paño ancho y es notable por la especie de paño que allí hacen con la lana de Vicuña. El rey emplea aquí cerca de cuatro mil personas, a las que paga cada mes seiscientos mil reales, además de unos cuarenta mil hilanderos repartidos en los pueblos circundantes.

Esta manufactura fué proyectada por primera vez en 1720 por el barón de Ripperda, que trajo un obrero de Holanda, pero tuvo un mal éxito, y don José de Carvajal, primer ministro de Felipe V, que ensayó la misma cosa en San Fernando, no tuvo a su vez ocasión de felicitarse mucho más. Durante la guerra de 1740, el gobierno inglés, con objeto de reducir a la miseria a los españoles, habiendo prohibido la importación de sus lanas, el estancamiento súbito logró por el momento el efecto deseado; pero pronto fueron abiertos nuevos canales, descubrieron otros mercados y el precio de la lana se elevó considerablemente. Para prevenir en el porvenir un semejante estancamiento, el Sr Wall, entonces en Inglaterra, atrajo a un tal Tomas Bevan, hábil obrero de la ciudad de Melkham, en Wiltshire, con varios otros individuos, y los estableció en Guadalajara, donde contribuyeron a levantar el crédito de esa manufactura a punto de expirar. Algunos años después Tomas Bevan, habiendo experimentado algunos malos tratos, murió de pena, y esa empresa experimentó con su muerte una pérdida irreparable [...].

En 1755, encontrando el gobierno que era imposible sacar beneficio alguno de esa manufactura, que decaía así como la establecida en San Fernando, las abandonó a los gremios; pero después de algunos años (en 1768) el rey volvió a tomar de nuevo su manejo por su propia cuenta y cambió la otra manufactura de su primer asiento para trasladarla a Brihuega, permitiéndole conservar siempre el nombre de San Fernando, que es muy conocido y distinguido en los mercados” (85).

(85) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, págs. 239-245.

Luego hace toda una disertación tomada probablemente de Ustariz y Campomanes, sobre lo ineficaz que son las fábricas manejadas por el gobierno que nunca llegan a ser ventajosas y generalmente acarream pérdidas. Claramente, se manifestaba como un defensor de la empresa privada frente a la pública.

Richard Ford visitó **Guadalajara** hacia 1830 y de ella dice:

“la ciudad, sobre todo cuando se la ve desde San Antonio, fuera de las murallas se levanta con bello perfil cortado por baluartes que se desmoronan, mientras los jardines del palacio de Mendoza cuelgan sobre un barranco silvestre. Dentro, sin embargo, es monótona y pobretona y siempre ha sido así” (86).

Tenía 6.700 habitantes y además del Palacio Ducal visitó el Panteón, algunas iglesias y vuelve a narrar la triste historia de la fábrica real, lamentándose de los dineros que se malgastaron y que se podían haber empleado mejor para abrir carreteras, para hacer canales o mejorar la agricultura.

Francisco de Paula Mellado, en la 4.^a edición de su “Guía del Viajero”, de 1849, dice que **Guadalajara** es una ciudad

“bastante grande, y aún conserva vestigios de los fuertes muros que tuvo en otros tiempos”.

Y además de citar los monumentos ya clásicos, vuelve a insistir en las pañerías, pero para estas fechas tenían un nuevo destino que nos lo da a conocer:

“Hubo dos fábricas de paños que experimentaron muchas variaciones. En sus principios fueron del gobierno pero éste los cedió al gremio de mercaderes de paños de Madrid por tiempo de diez años. Bajo esta administración, que no fué más acertada que la del gobierno, tampoco hicieron progresos aquellos establecimientos, los cuales sufrieron como todos los de su clase con motivo de la guerra de la Independencia. En este día los edificios de dichas fábricas, conocidas con los nombres de San Fernando y San Carlos, han sido cedidos al cuerpo de ingenieros para su servicio. En el primero está la academia de dicho cuerpo, su establecimiento central y el cuartel espacioso para parte de la fuerza del regimiento. En el segundo

(86) FORD, R., *Manual...*, págs. 184-185.

está proyectado hacer con una parte cuartel para el resto del regimiento de ingenieros, y con la otra se ha construido un cuartel con el nombre de Santa Isabel para el servicio de las fuerzas transehuntas” (87).

Charles Davillier llega a **Guadalajara** por ferrocarril y salvo decir que

“tiene muy pocos recursos y apenas encontramos sitio donde alojarnos pasablemente”,

se limita a copiar la impresión que le había provocado a Andrea Navagero.

La Pardo Bazán también fué en tren a **Guadalajara** en 1891. Vuelve a citar todos los monumentos, pero nos advierte de que parte del Palacio del Infantado de los Mendoza se había convertido en asilo de Huérfanos por iniciativa del Marqués de Novaliches. Y se detiene en la capilla de los Urbinas:

“juguetillo ó monería arquitectónica, desgraciadamente convertida en depósito de carros y no sé si en cuadra [...]. Para mayor dolor, la capilla de los Urbinas está en venta, y si la compra alguna persona ajena al arte y la derriba y levanta allí una casa de cinco pisos, al seductor estilo urbano del siglo XIX, nos lucimos como hay Dios. Bien podrían el Municipio ó la Diputación provincial de Guadalajara adquirir este *bibelot*, ese objeto de cristalería, que no costará muy caro, ni requiere gran desembolso para restaurarlo convenientemente y devolverlo al culto, trazando alrededor un jardinillo” (89).

¡Pero esa solución no llegó hasta setenta y cinco años después...!

Manuel P. del Río-Cossa, hacia 1933, siente **Guadalajara** como una ciudad

“cortés, distinguida y fina”,

pero nos la pinta triste. Desde el tren ya se fija en los cipreses del cementerio. Luego, al entrar en la ciudad, contempla los Colegios de Huérfanos/as de la guerra y, por fin, el Hospital provincial. Después, des-

(87) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 264.

(88) DAVILLIER, Ch., *Opus cit.*, pág. 895.

(89) PARDO BAZAN, E., *Opus cit.*, págs. 100-101.

cribe alguno de sus monumentos, pero también visita el panteón de la Condesa de la Vega del Pozo que costó una fortuna este

“palacio de la muerte”.

Y se pregunta, cuando se marcha, ¿por qué se habrá dado en Guadalajara tamaña preferencia a cementerios y panteones? (90).

Y finalizamos con Camilo José Cela que llega sin prisa a **Guadalajara** y se refresca:

“en una taberna que tiene un hermoso nombre: lo mejor de la uva” (91).

Telegrafía, compra el periódico y contempla el Palacio del Infatado en el suelo. Después va a la Talabartería “Casa Montes” y el 6 de junio de 1946 compra una testera de cuero para mula. Y desde allí inicia su “Viaje a la Alcarria”.

Por lo que hace al resto de la Campiña no hay muchas más referencias, pero alguna queda.

El P. François de Tours pasó por **Fontanar** en 1698.

A Jouvin —aunque ciertos autores piensan que nunca vino a España— pasó en 1672 por **Padilla** y **abadía de Sopedrán**, cruzando el río en una barca para ir a **Muchera** donde vieron unas aves

“parecidas en su plumaje a los papagayos” (92).

Por **Yunquera** pasó Carlos II a su vuelta del viaje que había hecho por el Reino de Aragón en 1677 y su cronista Francisco Fabro Bremudans nos dejó por escrito estas notas:

“El día siguiente, 10 de junio, se prosiguió la marcha á Yunquera, encontrándose a media legua de la Villa el Rio Enares, que en esta ocasion, parecio haver humillado adrede su ordinario orgullo, a proporcion vadeable al carruage. Sin embargo, usó Su Magestad del Ponton muy capaz, que la Villa le tenía preuenido, adornado por Colunas y Festones bien alegres, que rematavan y un Cielo de paños de seda, que le hazian sombra.

(90) RIO-COSSA, Manuel P. del: *Andante con variaciones. Viajes. Ensayos de crítica* (Guadalajara). (Madrid, 1933), págs. 127-138.

(91) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 39.

(92) JOUVIN, A.: *Le voyageur d'Europe ou sont les voyages de France, d'Italie et de Malthe, d'Espagne et de Portugal. De Pays-Bas, d'Allemagne et de Pologne. D'Anglaterre, de Danemark et de Suede.* (París: Denys Thierry, 1672). Vol. 2, pág. 110.

Hallose el Lugar muy abastecido de quanto se podia dessear, y los naturales tan afectuosos, como gozosos de servir a su Rey; y tampoco se pudo razonablemente pretender mas, en quanto al Hospedage. La tarde se divirtio Su Magestad tirando a Palomas, al buelo, con la infalible destreza, que executa todas las acciones pertenecientes a la caça” (93).

Antonio Ponz ensalza el pan que se amasaba y cocía en **Marchamalo** y que luego vendían en Guadalajara, Alcalá y Madrid. Le gusta **Fontanar** porque tiene alamedas, viñas y olivares. Pasa por el **Monasterio de Sopedrán** contando la aparición de la Virgen. Llega también hasta **Uceda** y **Casa de Uceda** elogiando el canal de riego:

“que Don Pedro de Echariz ha hecho construir á su costa. en virtud de Facultad Real; y mediante el derecho heredado en este territorio de las aguas de Lozoya, y Xarama” (94).

Y una anécdota. George Borrow, también conocido como don Jorgito el inglés, hará tres viajes a España entre los años 1836 y 1840. Viene a vender Biblias y tiene un amigo, Victoriano, que le ayudaba a introducirlos y venderlos por los pueblos. Nos dice:

“Estaba yo a punto de emprender una excursión a Guadalajara y los pueblos de la Alcarria, distantes de Madrid unas siete leguas; en realidad, sólo aguardaba para salir el regreso de Victoriano, a quien había enviado con unos pocos Testamentos en aquella dirección a manera de explorador, a fin de conocer por sus noticias la disposición de ánimo de la gente respecto de la compra de libros y poder formar una opinión aproximada acerca del número de ejemplares que necesitaría llevar conmigo. Pero estuve quince días sin recibir noticias suyas, y al cabo, un campesino me trajo una carta, fechada en la cárcel de Fuente la Higuera [**Fuente la Higuera de Albatajes**]”.

Borrow, lógicamente, se movió para liberar a su amigo. Pero no queda claro si llegó o no a visitar la provincia de Guadalajara ya que la ayuda que fué a solicitar también la pudo haber encontrado en Madrid, puesto que

(93) FABRO BREMUDANS, F., *Opus cit.*, pág. 158.

(94) PONZ, A., 1787. 2.^a ed. Tomo X. Carta Tercera, 30, pág. 49.

“al instante fui a ver a un amigo, con grandes posesiones en las cercanías de Guadalajara, provincia a la que pertenece Fuente la Higuera, quien me dio cartas para el gobernador civil de Guadalajara y para las principales autoridades; estas cartas se las entregué a Antonio, que solicitó encargarse del cometido de liberar al preso. Se encaminó primero a Fuente la Higuera...” (95);

y con posterioridad fué a presentar la carta al gobernador civil, pero Borrow no le acompaña. De lo que deducimos que no debió moverse de Madrid. De esta manera nos privó de una descripción o de las impresiones que pudieron haberle producido esos parajes.

Indudablemente, la Campiña sólo acercaba a las Serranías, que tampoco fueron visitadas. Por eso, casi no fué frecuentada, excepto su capital, Guadalajara, paso obligado en el Camino General de Ruedas.

2. Por las Serranías.

Representan la zona noroeste de la provincia con relieve accidentado y algunas alturas importantes como el Pico Lobo (2.262 m.), el Ocejón (2.058 m.) y el Alto Rey (1.800 m.). Se prolongan estas Serranías desde Somosierra, Sierra de Riaza y Sierra del Ducado hasta la zona considerada como Señorío de Molina, suavizándose levemente de oeste a este aunque de nuevo se unen al Sistema Ibérico y se vuelven frías otra vez. Recorren estas tierras los ríos Jarama, Bornova, Cañamares, Regancho, Dulce y Henares en sus primeros kilómetros y algunos arroyos de menor importancia.

Las condiciones orográficas han hecho de esta zona un territorio casi inaccesible, uniéndose las poblaciones mediante caminos de herradura hasta hace pocas décadas, en que se abrieron carreteras. Esta falta de comunicaciones ha obligado a que permaneciera prácticamente inédita. Por eso, fueron muy pocos los viajeros que la atravesaron, cruzándola por su parte septentrional: Sigüenza y Atienza, fundamentalmente, con posterioridad estudiadas por M. Terán y A. López Gómez (principalmente las salinas de Imón y las minas de Hiendelaencina).

Sólo, en los últimos tiempos, la revalorización de la arquitectura tra-

(95) BORROW, George: *La Biblia en España. O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las escrituras por la Península*. Introducción, notas y traducción de Manuel Azaña. (Madrid: Alianza, 1980). 2.^a ed. (Sección Humanidades, 254), págs. 496-502.

dicional volvió la mirada hacia los pueblos de pizarra y Tamajón, Ma-jaelrayo, Campillo de Ranas, Alcorlo o Valverde de los Arroyos (tam-bién conocido por su Octava del Corpus), etc., por no poner más que unos ejemplos, comenzaron a ser citados, comparando los espacialistas en arquitectura de la pizarra de esta zona donde prácticamente nace el Sistema Central y la de Las Hurdes, donde acaba dicho Sistema monta-ñoso, habiendo sido Carlos Flores, uno de los primeros “redescubridores”, seguido de Feduchi, León López de la Osa y Leonor Torán. José Andrés Riofrío se introdujo por los pueblos a los que los propios habi-tantes nombran como “la tierra del Dios de noche”. Pero todo ello ha sido estudiado en estas últimas dos décadas. El hecho de que esta zona sea rica en materiales folklóricos ha contribuido a ser ensalzada muy recientemente. Por tanto, nuestros viajeros no la atravesaron. Las pocas referencias con que contamos se refieren casi exclusivamente a Sigüenza y a Atienza. Ni siquiera Cogolludo con tener un palacio ducal fué visi-tado, sino en modernas excursiones encaminadas hacia el Ocejón.

Pero no debe extrañarnos que no pasaran. Esta es la descripción de Robert Bargrave cuando se disponía a entrar en lo que hoy consi-deramos provincia de Guadalajara. Cruzaba en enero de 1654 los **Altos de Barahona**, la travesía le costó dos horas:

“con un viento feroz y abundancia de nieve, que, al cubrir los caminos hacía difícil caminar sobre las piedras, y difícil no perdernos”.

Aunque insiste:

“Hay un terreno amplio y fértil, que se considera el terreno habitable más alto de toda España” (96).

A veces, no es raro encontrar alguna referencia interesante como la aportada por Lucio Marineo Sículo, que cita la existencia de unas pozas de sal cerca de Sigüenza y otras en el valle de Atienza y que intuimos que se debía estar refiriendo a las de **Imón, Bujalcayado, Rienda o La Olmeda** (97).

(96) BARGRAVE, Robert: *Extract of the travels of Mr. Robert Bargrave youngest son to Dr. Issac Bargrave, Dean of Canterbury*, en GENTLEMEN'S MAGAZINE, octubre 1836. Cito según la obra de Patricia SHAW FAIRMAN *España vista por los ingleses del siglo XVII*. (Madrid: Sociedad General Española de Libreros, 1981). (Col. Temas, 18), págs. 31 y 36.

(97) SICULO, L. Marineo: *Cosas memorables de España*. (Alcalá, 1530). Fol. V.

Pero la mayoría de las noticias están referidas a **Sigüenza**. Por ella pasó el barón bohemio León de Rosmihal de Blatnd en 1466.

Algo después, en 1494, estuvo en **Sigüenza** Geronimus Müntzer que la comparó con Nordlingen [otra ciudad alemana] y nombra su catedral, así como los canónigos, racioneros y dignidades que atienden al culto, y su alcázar (98).

Antoine de Lalaing, con Felipe el Hermoso y doña Juana también pasaron en 1502 por **Sigüenza** de camino hacia Aragón y no con mucha fortuna en el plano gastronómico, como ya hemos visto, pero les dió tiempo a ver la catedral que aunque hermosa y pequeña la consideró

“fuerte materialmente, perteneciente al Cardenal de Santa Cruz, obispo de ese lugar”.

Pero también se fijó en otros detalles más interesantes:

“Esta ciudad, asentada entre montañas y valles del tamaño de Liere en Brabante está pavimentada de mala manera. En el extremo de ella hay un castillo, y a medio tiro de arco corre un riachuelo entre prados, y fueron los primeros prados que vimos en España. A esta iglesia [vuelve a referirse a la catedral] está unido un claustro todo cubierto de tapices y de vestidos de infieles que allí habían sido quemados” (99).

Andrea Navagero pasó deprisa por esta zona. Traía el camino de Soria y se limita a darnos las leguas entre cada población:

“...á **Paredes**, una legua; á **Tor de Rábanos** y después a **Riofrío**, tres leguas. A tres leguas a la izquierda de Riofrío esta **Sigüenza**, que quizá sea el Segedenses de los antiguos. El día 4 [junio de 1525], fuimos a **Regollosa**, una legua; á **Sireuque**, dos leguas; á **Xadraque**. Antes de llegar á Xadraque se pasa el Henares. Y de Xadraque se va á **Padilla**, que está á dos leguas, y después a **Ita**, una legua” (100).

En 1567 el embajador veneciano Segismondo di Cavalli atraviesa **Alboreca** pareciéndole bueno el terreno aunque sería mejor si tuviera

(98) MUNTZER, G. *Opus cit.*, pág. 175.

(99) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.*, págs. 429-600.

(100) NAVAGERO, A., *Opus cit.*, págs. 22-23.

más agua. **Sigüenza** es elogiada por su catedral pero también habla de que en la ciudad vive

“gente baja que por poco hace el arte de la lana en cuyo menester se sirven del agua de muchas fuentes que por ser salada y no apta para beber, es al menos buena para este servicio” (101).

Pasa luego por **Baides** y **Los Molinos** donde observa la rueda de moler en uno de ellos y cómo se juntan el río Dulce con el Henares. Prosigue su marcha hacia **Bujalaro**:

(“aldea de treinta casas”),

Miralrío por donde se ven

“colinas cultivadas con trigo y viñedos”;

Hita y Guadalajara.

En 1616 pasó por **Sigüenza** William Cecil.

Contra la opinión de A. de Lalaing que vió los primeros prados de España, Robert Bargrave que pasó en 1654, nos dice de **Sigüenza** que está

“en un lugar tan árido que tiene muy escasa provisión de carne, y nada de vino, ni de aceitunas, salvo lo que importan de otros sitios, pero en compensación tienen abundancia de pan excelente”.

Pasó una noche en Sigüenza y le pareció

“una ciudad pequeña, pero ordenada y sana, con elegantes y armoniosos edificios; tiene calles anchas y está rodeada de unas fuertes murallas. La iglesia mayor no es grande, pero es un edificio elegante, armónico y fuerte: tiene un hermoso claustro y un bello altar” (102).

Sabemos también que Margarita de Angulema pasó por **Sigüenza** porque desde esa ciudad fecha alguna de las cartas que envió a su hermano preso en la torre de los Lujanes.

(101) El texto de este viaje, en italiano, figuraba en un manuscrito de Lunardo Otthobob, y fué publicado por José ALIAGA GIRBES, en 1968, en la Revista Romana ANTHOLOGICA ANNUA, 16; págs. 409-489. Relativo a la provincia de Guadalajara en págs. 423-424.

(102) SHAW FAIRMAN, P., *Opus cit.*, págs. 55 y 107.

Otro viajero que visitó **Sigüenza** es el inglés Thomas Williams.

En 1672 pasó también por esta ciudad de **Sigüenza** A. Jouvin, de la que dice:

“Está un poco elevada sobre el río Henares donde no hay más que dos grandes calles principales; una aquélla por la que nosotros entramos que es la más grande, a su entrada está la catedral decorada con dos altas torres, que es episcopado; otra es aquélla en la que hay un Colegio, un gran castillo flanqueado por algunas fuertés torres redondas, y un Arsenal provisto de varias armas y de municiones de guerra; la otra calle viene a parar en medio de esa primera, tiene una gran plaza con una fuente decorada con un estanque magnífico” (103).

Norberto Caimo estuvo en **Sigüenza** en 1755 y visitó la catedral donde escuchó, un coro de músicos que le parecieron chicharras. Habla también de la Universidad y de lo anticuada que estaba su Biblioteca, carente de las obras del momento. Asistió a una clase de Medicina y Anatomía. Y en chanza o no (como más tarde juzgó Ponz) explica que “la principal cuestión que allí fué discutida fué saber de qué utilidad o de qué perjuicio sería al hombre tener un dedo más o un dedo menos”. Luego tuvo una discusión con quienes querían persuadirle de que una piel de cordero era la piel de una araña. Y después paseó por la ciudad que la sintió incómoda, posiblemente por lo empinada, y por los campos, que le parecieron muy fértiles, agradándole los árboles y sus frutas, adjudicando al Henares parte de su bondad. De allí se marcha hacia **Mirabueno**, donde ya le hemos visto descansando, para, a continuación, seguir camino a Villaviciosa de Tajuña.

Antonio Ponz encaminándose por **Hita**, con su castillo destruido en la cumbre, y pasando por **Casas de Don Galindo**, **Miralrío** y **Bujalaro**, cita el Alto Rey y el Santuario de Nuestra Señora de Enebrales. Sigue por **Baides** y **Moratilla**, con sus fuentes, hasta llegar a **Sigüenza**. De esta ciudad enumera algunos datos sobre su historia y sobre el obispado. E inmediatamente comenta la belleza que encierra la catedral, el Colegio de los PP. de la Orden de San Jerónimo, el Colegio de San Antonio o Universidad, el Palacio del Obispado, cita el acueducto que surte de agua a la ciudad, y las murallas. Durante su estancia, Juan Díaz de la Guerra ideaba lo que hoy es Alameda y Calle-Barrio de San Roque, con una diferencia fundamental: mientras en la actualidad es la zona de las familias linajudas, en el siglo XVIII se edificaron esas con el afán de

(103) JOUVIN, A., *Opus cit.*, pág. 110.

“formar calle donde puedan habitar muchos vecinos pobres á quienes no alcanzaba sus ganancias para el alquiler de los de la Ciudad, que de algunos años á esta parte han subido de precio” (104).

Ponz hace alusión también a que:

“Hay en la ciudad un competente número de telares de paños comunes, bayetas y estameñas, cuya industria ha fomentado, y promovido el señor Obispo, como la de hilados, y tejidos de paños; con lo qual, y ciertos premios que suele repartir, ha desterrado mucha parte del ocio, que tanto consume las poblaciones donde se arraiga” (105).

Se hace también eco Ponz de los colmenares, pastos y pinar que rodean a Sigüenza. De aquí partió hacia la Alcarria, encontrando encinas, manzanos camuesos, perales, cerezos y nogales próximos a **Mandayona**, elogiando también sus truchas. Meramente cita los lugares que deja a su izquierda: **Cabrera, Aragosa, Peregrina** y a la derecha **Villaseca**. Pasa por **Mirabueno** cultivado con viñas y huertos. También —aunque en otro viaje distinto— visitó **Horna** y cerca de allí la ermita de la Virgen de los Quintanares.

Para Richard Ford **Sigüenza** cuenta con 5.000 habitantes. Dice que

“es la principal ciudad de su zona, la cual poseyendo buenas llanuras y agua abundante, podría ser convertida en el granero de España” (106).

Luego habla de todos sus monumentos.

Francisco de Paula Mellado recomienda que se visite esta ciudad de **Sigüenza** porque

“sus calles son buenas, aunque en cuesta y elevadas, pero las de la parte baja de la ciudad á orillas del río son regulares y espaciosas” (107).

Dentro de la catedral indica que se conservan las reliquias de Santa Librada, patrona de la ciudad.

(104) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo XIII. Carta Primera, 62, pág. 28.

(105) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo XIII. Carta Primera, 73, págs. 32-33.

(106) FORD, R.: *Manual...*, pág. 190.

(107) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 282.

A Charles Davillier le pareció **Sigüenza** una

“ciudad pequeña y muy linda”,

y recuerda que su Universidad fué objeto de bromas aunque fuese fundada, dice, en 1441. También cita al cura de Argamasilla que se había graduado en Sigüenza y que echó al fuego todos los libros de caballerías del Quijote. La indisposición de uno de sus compañeros de viaje y la presentación de don José Molinero, el boticario, le da pié para hablar de la situación de la Medicina y de los médicos en España, de los barberos y de las sangrías.

Por fin, la Pardo Bazán y su hija Blanca, se llevaron un buen recuerdo de **Sigüenza**: la niña por las naranjas mágicas del huerto del obispo rellenas de golosinas y la escritora porque contra la

“gran mortificación de los pies”

le cautivaron

“las tortuosas calles de la ciudad alta, en los barrios de duendes llamados de Judería y la Morería” (108).

Aparte de Sigüenza, otros viajeros pasaron por algunas localidades de la Serranía.

Quizá se refiera Joseph Townsend al Ocejón cuando dice:

“descubrimos una basta extensión, limitada al norte por montañas cubiertas de nieve” (109).

Cuando Carlos II vuelve del viaje que hizo al Reino de Aragón, en 1677, pasa por **Atienza**, que fué albergue de la Corte. Su cronista Francisco Fabro Bremudans cuenta que:

“tiene muchas muestras de Antigüedad [...] particularmente su castillo situado en un peñasco [...]. Apenas cuèta oy la mitad de vezinos, que a principios del presente siglo, no passando ya de 300, los que tiene; sin embargo son las casas muy acomodadas, y aseadas, y fueron suficientes al Hospedage de aquel dia” (110).

(108) PARDO BAZAN, E., *Opus cit.*, pág. 107.

(109) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, pág. 239.

(110) FABRO BREMUDANS, F., *Opus cit.*, pág. 157.

Pasaron también por **Jadraque** al día siguiente

“siendo passo, por donde se comunican ambas Castillas, y de no menos suntuosidad, segun los vestigios, que aun resisten a los insultos del tiempo; y con ser Pueblo de poco mas de 200 vezinos, no se hechó de menos el bastante alojamiento, con todo lo demas necessario” (111).

Joseph Barette no podía creerse lo que le ocurrió. Sencillamente no entendió lo que puede significar un día tibio y soleado. Nos dice así:

“En **Jadraque** mandé a por un barbero [...], pero me respondió que no podía venir, porque hacía un sol tan hermoso que sería una lástima no disfrutarlo después de los muchos días nublados que había tenido. ¿Quién oyó hablar jamás de semejante heliotropo?” (112).

La parte más occidental de las Serranías, el reino de la pizarra, lo recorrió ya hace más de una década José Andrés Riofrío, quien nos dice:

“Penetrar en esta serranía es un peregrinar hacia la soledad. A ambos lados del camino quedan varios pueblos abandonados, grupos de pequeñas viviendas, casi chozas, que hasta hace poco tiempo fueron refugio de hombres y animales ante la dureza del clima” (113).

Introduciéndose por **La Nava de Jadraque**, donde existen varias galerías explotadas por los romanos en busca de oro, llegó a “la tierra del Dios de noche”. Las gentes de esos pueblos se han dado una explicación a su arquitectura escueta y a su soledad, ya que

“cuando Dios creó estas tierras era de noche hasta tal punto que apenas vió su obra, que resultó pobre e imperfecta” (114).

Bustares, El Ordial, La Huerce, Arroyo de las Fraguas, Umbrales, Palancares... “La tierra del Dios de noche...”, **Majaelrayo, Valverde de los Arroyos...** Pueblos bellísimos, casi inéditos. Hoy, en

(111) FABRO BREMUDANS, F., *Opus cit.*, pág. 157.

(112) ROBERTSON, I., *Opus cit.*, pág. 74.

(113) ANDRES RIOFRIO, J., *Opus cit.*, pág. 15.

(114) ANDRES RIOFRIO, J., *Opus cit.*, pág. 15.

cambio, contradicción de los tiempos, otros factores, folklóricos principalmente, atraen a un numeroso gentío, “hijos del pueblo” o turistas (¿viajeros?) cuando botargas o danzantes se ponen en movimiento. Si Baides y Bujalaro les parecían aldeas ínfimas a nuestros viajeros, ¿qué habrían dicho de estos focos de población que salpican las bases del Ocejón, de la Sierra del Alto Rey o de los Altos de Cabrera?

3. Por el Señorío de Molina.

Es esta una zona geográfica cuyos límites históricos parecen ya bien definidos desde el siglo XIII. Orográficamente hablando se trata de una paramera, tierras altas y frías, con alturas de hasta 1.200 m., destacando los montes de Aragoncillo y la Sierra de Caldereros. Está cruzada por el Tajo, el cauce alto del Tajuña, el Ablanquejo, el Gallo, el Cabanillas y el río de la Hoz Seca y nace el Mesa que pertenece a la cuenca hidrográfica del Ebro. Alguno de estos ríos, como el Gallo, forman impresionantes gargantas (“hoces”) que le conceden a esta comarca una belleza extraordinaria.

Es una zona eminentemente cerealista, forestal, ganadera y algo minera que secularmente ha explotado estos recursos.

Por su importancia histórica y cultural destaca **Molina de Aragón**, pero también se han de citar **Maranchón** (foco muletero por excelencia con una mayoría de “tratantes de caballerías” entre la población masculina), **Peralejos de las Truchas**, **La Olmeda de Cobeta**, **Corduente**, **Orea** (con una fábrica de vidrio que pervivió hasta el siglo XVIII), **Padilla del Ducado**, etc.

Esta zona fué más frecuentada por los viajeros pero sólo por el hecho de que por este territorio cruzaba el Camino General hacia Zaragoza. Por la dureza del clima y los pueblos pobres y distantes entre sí, los viajeros que por allí pasaron no se salieron de dicho camino, atravesando esta zona lo más rápidamente posible.

Se cruzan con tanta prisa estos parajes que apenas nadie llegó a **Molina de Aragón**, si exceptuamos —entre las descripciones de los viajeros que hemos consultado— a Richard Ford que atraviesa estas tierras a caballo con el fin de conocerlas mejor, y algún otro.

Lo general, por tanto, es entrar por Embid, procedentes de Daroca (o salir por él hacia el mismo lugar) y continuar por Tortuera, Anchuela, Maranchón, Alcolea, Torija hasta Guadalajara, con paradas intermedias.

Fué muy duro el viaje de Felipe II por estas tierras en febrero de 1585 cuando iba a Zaragoza, Barcelona y Valencia. Su archero Henrique Cock tomó buena nota de los rigores del clima:

“**Alcolea**, es un pueblo [...] que tiene poco más o menos que sesenta casas; aquí vinieron todos [la comitiva del Rey] á boca de noche casi muertos de frío, si los labradores con mucho fuego de leña, de que por acá hay abundante, no les socorriesen” (115).

Pasaron también

“por **Balbazil**, pueblo cuyos labradores ansimismo dicen que están en lo mas alto de España” (116).

Y habla de **Molina** en estos términos:

“es de las reinas de España, que la dan los reyes en dote, tiene grandísimos privilegios y derechos [...]. Hay debajo de su dominio cerca de ochenta pueblos que pertenecen á su Tribunal. Tiene la misma villa como mil vecinos y está situada á la ribera de un rio del mismo nombre Molina, abundante en truchas, las mejores de España. En La Cava de la misma villa. en unos hoyos, hay un género de truchas muy raro, cuyas carnes son como sangre, que las demas son solamente manchadas con unas goteras coloradas. Este género llaman los vecinos de agalla...” (117).

Las truchas de **Molina** son también ensalzadas por Lucio Marineo Siculo (118) aproximadamente en la misma época.

En esta zona geográfica estaba establecida la aduana entre Castilla y Aragón. Y Henrique Cock nos lo hace saber así:

“Fuimos poco á poco caminando, dexando á la mano izquierda un pueblecillo que se dice **Sillas** y venimos todos en **Tortuera**, en la cual villa se registraban los caballos, el dinero y todo lo que cada uno llevaba consigo, porque esta villa está en la raya de Castilla y ninguno puede acá pasar sin registro. A nosotros no pesó tanto el dinero que los del registro tuviesen mucho que hacer con ello, y así siendo muy presto despachados dimos lugar á otros, porque Su Majestad con toda su casa había de venir a dormir allí esta noche. Dexando de esa manera á las espaldas la villa de Tortuera pasamos a **Embid**,

(115) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 18.

(116) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 19.

(117) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 20.

(118) SICULO, L. M., *Opus cit.* Fol. IV v.

el postrer lugarçillo del reino de Castilla, una legua de Tor-tuera, y de allí nos llevó el camino por tierra despoblada y sierras estériles hasta en Torralva de los Frailes, por sobre-nombre, el primer lugarçillo del reino de Aragón...” (119).

Cosimo de Medicis pasa por **Anchuela** en octubre de 1668, pueblo que considera muy mísero y en el que se estaba celebrando un entierro. Y descubre con cierto entusiasmo un tipo de calzado llamado “abarca” que difería de las alpargatas que había observado en Cataluña y Ara-gón, siendo esta abarca

“buenísima para caminar por la nieve” (120).

Es de nuevo el reverendo Joseph Townsend, en 1786, quien nos aporta buen número de datos etnográficos en esta zona. Llegó a **Tor-tuera** hacia las once de la mañana y ve cómo los campesinos

“llenaban la iglesia, cada uno con su cirio encendido, y se pre-paraban para reunirse en una procesión” (121).

Prosigue a continuación:

“Los arados de este distrito han degenerado mucho de la per-fección de los de Barcelona. La manquera, la vertedera, la reja de hierro, todo pasa a través de una muesca en la cama del ara-do, que tiene un gancho para ese objeto, y todo ello está sujeto por una cuña. Es difícil ver un instrumento más tosco, sin rejas, ni orejas, ni vertedera, pero en su lugar, dos clavijas, una a cada lado, fijadas en el talón de la reja” (122).

Cuando alude a **Maranchón** habla de él como un pueblo laborioso al decir:

“En la estación en que nosotros pasábamos por allí [mes de mayo], todo estaba en movimiento; conté cuarenta arados en actividad, todos empleados en preparar el terreno para los guisantes” (123).

(119) COCK, H., *Opus cit.*, págs. 20-21.

(120) MEDICIS, Cosimo de, *Opus cit.*, págs. 72-73.

(121) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, págs. 226-227.

(122) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, pág. 227.

(123) TOWNSEND, J., *Opus cit.*, pág. 234.

Este viajero observa la variedad geológica que encuentra a su paso, aludiendo a los fósiles de **Anchuela** y siempre anota los árboles que le salen al paso: sabinas, enebros, robles, encinas, etc.

Otro estudioso, William Bowles, estuvo en **Peralejos de las Truchas**:

“subiendo siempre por la montaña se llega a Peralejos, en la orilla del Tajo; el río pasa por una garganta que él mismo se ha labrado entre montañas de mármol cortadas perpendicularmente, de cerca de cuatrocientos pies de elevación”.

Dice también que los naturales de Peralejos

“quemaban azabache y del plomo que soltaba hacían munición para tirarle a la caza de que abunda en el país” (124).

Alexandre de Laborde viajó por España en 1800 y elogia los pastos de **Tortuera**, cuyo valle, dice,

“es rico en ellos” (125).

Richard Ford recorrió hacia 1830 buena parte del Señorío de Molina a caballo. Comenta de esta zona:

“...Se llega a los pinares de **Checa**, que están bellamente situados junto al Cabrilla” (126).

De **Peralejos de las Truchas** dice:

“nombre que le hará la boca agua al pescador de truchas, es buen lugar para hacer alto” (127).

De **Molina de Aragón** nos cuenta que

“tiene una población de 3.500 almas. Es la capital de su señorío y fué incorporada a la corona de Castilla por el matrimonio de la heredera, María, con Sancho el Bravo en 1293. La ciudad está orientada al sur sobre una ladera, dominando el Gallo,

(124) BOWLES, William: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía de España*. (Madrid: Imprenta Real, 31789). Págs. 136-141.

(125) LABORDE, A. de, *Opus cit.*, pág. 259.

(126) FORD, R.: *Manual...*, pág. 158.

(127) FORD, R.: *Manual...*, pág. 158.

que es un excelente arroyo truchero, y protegida por sus murallas y el alcázar contra los vientos del norte. Toda esta comarca fué saqueada por los invasores en noviembre de 1810, cuando tres puertas de la infeliz ciudad fueron incendiadas y todos los pueblos cercanos saqueados...” (128).

Para finalizar este apartado hay que citar, forzosamente, el viaje que los madereros hacían por el río Tajo. El hombre que mejor ha contado estos arriesgados trabajos de los “gancheros”, ha sido José Luis Sampedro en su asombrosa obra “El río que nos lleva” (129). Embarcaban los troncos de los pinos (la “maderada”) en Peralejos de las Truchas y la conducían hasta Aranjuez, pasando por **La Escalera, La Tagüenza, Valtablado, Azañón, Trillo, Durón, Entrepeñas, Bolarque, Zorita de los Canes...** En Aranjuez sacaban la madera y todos los hombres volvían a sus pueblos.

Pero este territorio, con importantes santuarios y fábricas de vidrio (Arbeteta, Armallones, Villanueva de Alcorón, Orea y El Recuenco...) ha empezado a descubrirse en los últimos lustros.

4. Por la Alcarria.

Es esta zona, sin lugar a dudas, la más conocida de la provincia de Guadalajara, habiéndose identificado muchas veces toda la provincia con esa comarca natural. La Alcarria, es una meseta, un gran llano que no supera los 1.000 m. sobre el nivel del mar, si bien quedan algunos “cerros testigos” (Tetas de Viana, Cerro de la Horca...) como producto de una erosión constante. La cruzan varios ríos: Tajo, Tajuña, Ungría, Matayeguas, Arlés y algunos arroyos como el de San Andrés o el de la Vega, etc., que permiten regar las estrechas vegas que existen en casi todas las localidades por donde pasan.

Pero, por encima de todo, lo que caracteriza a La Alcarria es su variada vegetación, fresca, aromática, vergel para las abejas que han sabido labrar desde hace muchos siglos una de las mejores mieles de España. Ahora bien, además de la inmensa flora que cuaja la primavera alcarreña son propios de este paisaje geográfico los olivos, las encinas, algún roble y los chopos y olmos que verdean las orillas de los ríos.

(128) FORD, R.: *Manual...*, pág. 174.

(129) SAMPEDRO, José Luis: *El río que nos lleva*. (Madrid: Aguilar, 1968). Se debe consultar también José SANZ Y DÍAZ: *Los oficios del monte y del río*. (Madrid: Agencia Prensa Asociada, 1930). y *Las maderadas de Hoceseca y del Alto Tajo*, en “Nueva Alcarria”, 24 agosto 1984, pág. 9.

La poesía intrínseca de este paisaje de ocres, amarillos, rojos y verdes ha sido indispensable para algunos escritores que buscaron su silencio y sus aromas, como por ejemplo Leandro Fernández de Moratín, que estuvo en Pastrana y quien se permitía recomendar el “buscar un rincón en la Alcarria, donde vivir la mitad del año”. Y, por supuesto, Camilo José Cela, que inmortalizó para siempre esta tierra.

Sus localidades más destacables son: **Brihuega, Cifuentes, Sacedón, Pastrana, Trillo ó Mondéjar.**

Ha sido ancestralmente una zona atrayente que atravesaron cuantos pudieron. Había, al menos, unos hitos imprescindibles: los monasterios y conventos y, sobre todo, los baños a los que se acudía para “tomar las aguas”.

En el monasterio de San Bartolomé de **Lupiana**, se encontraba Felipe II el 2 de febrero de 1585, día de la Candelaria, diciéndonos su archero Henrique Cock que allí

“recibió la vela bendita, deteniéndose tres o cuatro días, hasta que de hecho se puso en el camino de Zaragoza” (130).

Pasó también por **Lupiana** Norberto Caimo. Visitó el monasterio que le pareció

“grande y encierra ochenta religiosos, por lo demás bastante sucio y descuidado. Tiene una biblioteca bastante grande, pero en la que no se encuentra ningún libro bueno a excepción de la Políglota del Cardenal Jiménez y de algunos volúmenes que no se pueden leer porque la Inquisición los ha emborrinado por entero” (131).

Antonio Ponz visitó también este convento de **Lupiana** que consideró como una Quinta

“muy bien cultivada en el terreno que á ellos [los frailes] les toca” (132).

Otra localidad importante fué **Brihuega** que también recibió a Felipe II en su ya mencionado viaje a Zaragoza. Henrique Cock describe el recibimiento así:

(130) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 14.

(131) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 408.

(132) PONZ, A., *Opus cit.*, 1787. 3.^a ed. Tomo I. Carta Octava, 19, pág. 345.

“En la entrada de la villa y por las calles estaban hechos unos arcos triunfales entretejidos en yedra y otras ramas, y coplas puestas á ellas, con las cuales declaraban la buena venida del Rey. También había dos ó tres maneras de danças, una de salvajes y otra de labradores, con las cuales recibiendo á Su Majestad lo llevaban hasta su palacio en la plaza” (133).

Además, nos proporciona otros datos interesantes:

“Hacia el levante [de la villa] tiene un arroyo que nasce de una fuente que llaman la Fuen-Caliente. Este riega con abundancia de agua las viñas que tiene la villa en este valle, muele pan y bata los paños y después se mezcla con Tajo. Al poniente del castillo está la iglesia de Nuestra Señora, la cual, como esté fundada sobre una peña, dicese Nuestra Señora de la Peña. Dicen los vecinos que se han caído algunos niños della y quedaron sin lision por favor de la Virgen, cuya imagen por esto guardan con devoción” (134).

Norberto Caimo pasó por **Brihuega** sin detenerse

“atravesando varias colinas y valles cubiertos de verdor, abundante en trigo” (135).

Y no pasó por aquí Antonio Ponz.

No estamos seguros, tampoco, de que Richard Ford, llegase hasta **Brihuega** porque sólo habla de sus 4.800 almas y hace mucho hincapié, en cambio, en la batalla que allí tuvo lugar el 9 de diciembre de 1710, lo que nos hace sospechar que buscó la información en obras históricas en las que se darían todos los detalles de la batalla y que el resumió.

Francisco de Paula Mellado indica que **Brihuega** cuenta con 4.364 habitantes y recomienda su visita porque

“tiene clima saludable [...] y, dentro del pueblo hay muchos manantiales de cristalinas aguas [...]. Tiene fábrica de paños, bayetas y pañuelos apañados de bastante estimación. Se hace mucho comercio de abarcas de cuyo género se surte toda la Alcarria” (136).

(133) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 17.

(134) COCK, H., *Opus cit.*, pág. 17.

(135) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 407.

(136) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 277.

Vuelve a ser Camilo José Cela, naturalmente, quien nos dé una visión de **Brihuega** cargada de humanidad y llena de nostalgias:

“Brihuega tiene un color gris azulado, como de humo de cigarro puro. Parece una ciudad antigua, con mucha piedra, con casas bien construidas y árboles corpulentos”. “Las gentes de Brihuega hablan de antes y después de la aviación”.

No le falta nunca un viejo, un tartamudo o una criada con quien hablar. Siempre se encuentra con hombres chocantes, con hombres de la talla de Julio Vacas cuya tienda tiene de todo: zapatos, cestas o loza. En Brihuega ve esquilarse a las ovejas y se entera de que en bloque a los de allí les llaman “bufones” y “borrachos” y de que individualmente hay una lista infinita de apodos: el “capazorras”, el “tamarón”, el “quemado”, el “chapitel”, el “costelero”, el “pincha”, el “caganidos”, el “monafrita”, el “cabezón”, el “mahoma”, el “padre eterno”, el “caldo y agua”, el “caracuesta”, el “chil y huevo”, el “cabrito ahumado”, el “fraysevino”, el “insurrecto”, el “pioloco”, el “mancobolo”, el “taconeo”, el “futiqui” o el “pilatos”. Y no se va sin visitar también el jardín de la fábrica de paños:

“La fábrica no fabrica nada”.

Pero:

“El jardín de la fábrica es un jardín romántico, un jardín para morir, en la adolescencia, de amor, de desesperación, de tisis y de...” (137).

No muy lejos de Brihuega, queda **Villaviciosa de Tajuña**, famoso lugar, tristemente, por la batalla que allí se libró. Aquí se alzaba el Monasterio de San Blas, perteneciente a la orden de los Jerónimos que fue fundado por el Cardenal Gil de Biedma, y donde fue a parar, en 1755, Norberto Caimo, que, como ya vimos, fue muy bien hospedado. Pero no se le escapó observar, en los días que allí permaneció, la existencia de hierbas olorosas, siendo uno de los pocos viajeros que hace mención a la miel alcarreña. Nos lo cuenta de esta manera:

“Esos buenos religiosos, no contentos con ejercer conmigo la hospitalidad con bastante bondad, quisieron también hacer-

(137) CELA, C. J., *Opus cit.*, págs. 62-84.

me aceptar un puchero de excelente miel para servirme en mi viaje, por haber observado que la había comido con gusto cuando la habían servido a la mesa. En efecto, es un néctar de un olor tan suave y de un gusto tan exquisito qué beatificaría la sensualidad de la más delicada mujercita. La cantidad extraordinaria de toda suerte de flores que abunda en la provincia de la Alcarria hace producir allí a las abejas esa miel deliciosa. Por eso es famosa como la mejor de toda España, tanto por el gusto y el olor como por el color; siendo tan clara como el más limpio y el más transparente cristal. La recolección que allí hacen es de una abundancia extraordinaria, y tanto mayor que de veinticinco libras de miel apenas hay una libra de cera” (138).

Alexandre de Laborde, para 1800, cita como punto muy importante donde se produce la miel en España

“el cantón de la Alcarria” (139).

También Camilo José Cela nos dice que:

“la Alcarria se distingue por la miel. Y donde más miel se da es en el partido de Cifuentes, en **Ruguilla**, en **Oter** y en **Carras-cosa**” (140).

Cifuentes es otra importante villa en la Alcarria, pero se le dedica poco espacio. Antonio Ponz la considera

“famosa, mas en otro tiempo que en el presente. Además de su Parroquia mantiene todavía tres conventos, y dicen que trescientos vecinos. Este nombre de Cifuentes, parece corrompido de Cienfuentes, por los muchos manantiales de sus inmediaciones, de los cuales se forma el río de este nombre bastante caudalosos” (141).

Camilo José Cela nos advierte que:

“El río Cifuentes nace debajo mismo de las casas. Nada más nacer mueve un molino; el pueblo está levantado sobre un manantial”.

(138) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 407

(139) LABORDE, A. de, *Opus cit.*, pág. 295.

(140) CELA, C. J., *Opus cit.*, pág. 95.

(141) PONZ, A., Tomo XIII. Carta Segunda, 9, pág. 39.

En Cifuentes

“hay muchas puertas con herrajes bonitos, muy artísticos, con aldabones y picaportes de hierro negro, con ojos de cerradura que forman dibujos: un corazón, un trébol, una flor de lis, un arabesco”.

Cuando entra a Cifuentes pasa por la albardería del Rata

“un taller pequeño, abigarrado, lleno de encanto; [...]. El Rata se llama Félix Marco Layna [...]. En su tienda, rodeado de bastas, de enjalmas y de aceruelos, el Rata es un cónsul de la Alcarria y su casa un registro general del ir y venir de las gentes. Las gentes, tarde o temprano, siempre acaban pasando por la albardería del Rata en busca de una cincha o un lomillo, detrás de un ataharre, en pos de un debajero o una cangalla” (142).

A los de Cifuentes, los de contorno, les llaman “judíos”.

Entre Cifuentes y Trillo, aunque más cerca de este último lugar, aún quedan las ruinas del molino papelerero de **Gárgoles de Abajo** donde se hacía papel de varias clases, citado por A. Ponz.

Pastrana es otro hito fundamental en la Alcarria, idealizado por Leandro Fernández de Moratín. Por ella pasó William Cecil, más conocido como Lord Roos. Antonio Ponz pasó de largo aunque afirma que según le contaron tenía más de quinientos vecinos y era

“terreno muy bien cultivado de olivares en aquellos cerros inmediatos” (143).

Camilo José Cela llega anochecido y prefiere esperar al otro día para contemplarla.

“A la mañana siguiente, cuando el viajero se asomó a la plaza de la Hora, y entró de verdad y para su uso, en Pastrana, la primera sensación que tuvo fue la de encontrarse en una ciudad medieval, en una gran ciudad medieval. La Plaza de la Hora es una plaza cuadrada, grande, despejada, con mucho aire. Es también una plaza curiosa, una plaza abierta a uno de los

(142) CELA, C. J., *Opus cit.*, págs. 93-104.

(143) PONZ, A. Tomo I, Carta Octava, 21. pág. 348.

lados por un largo balcón que cae sobre la vega, sobre una de las dos vegas del Arlés. En la plaza de la Hora está el palacio de los duques, donde estuvo encerrada y donde murió la princesa de Eboli. El palacio da pena verlo. La fachada aún se conserva, más o menos, pero por dentro está hecho una ruina. En la habitación donde murió la Eboli —una celda con una artística reja, situada en la planta principal, en el ala derecha del edificio— sentó sus reales el Servicio Nacional del Trigo; en el suelo se ven montones de cereal y una báscula para pesar los sacos. La habitación tiene un friso de azulejos bellísimos, de históricos azulejos que vieron morir a la princesa, pero ya faltan muchos y cada día que pase faltarán más; los arrieros y los campesinos, en las largas esperas para presentar las declaraciones juradas, se entretienen en despegarlos con la navaja. En la habitación de al lado, que es inmensa, que coge toda la parte media de la fachada, se ven aún los restos de un noble artesonado que amenaza con venirse abajo de un día para otro”.

A Cella, Pastrana, le parece un pueblo bellísimo:

“De la plaza de la Hora se sale por dos puertas. la de la izquierda, dando la espalda a la fachada del palacio, lleva al barrio morisco del Albaicín; la de la derecha, da paso al barrio cristiano de San Francisco.

El viajero sale a caminar y anda por las calles de los viejos nombres, por las calles alfombradas de guijarros menudos, ante las casas de puertas claveteadas de gruesos hierros y de balcones adornados con macetas de geranios, de claveles, de esparraguera y de albahaca. Pastrana es una ciudad con calles de nombres hermosos, llenos de sugerencias: calle de las Damas, del Toro, de las Chimeneas, calle de Santa María, del Altozano, del Regachal, calle del Higueral, del Heruelo, de Moratín [...].

El viajero, en la plaza de los Cuatro Caños, se encuentra con una fuente esbelta, en forma de copa, cubierta por una losa hendida por los años y rematada por un peón de ajedrez” (144).

Cella también visita la Iglesia y pasa por una antigua fábrica de papel de tina y contempla la gruta de San Juan de la Cruz y el convento

(144) CELLA, C. J. , *Opus cit.*, págs. 202-216.

de Carmelitas Descalzas, y algo dice, también, de los hermosos tapices de Alfonso V de Portugal.

Sus anfitriones, don Mónico y don Paco (alcalde y médico, respectivamente) le invitan a acercarse hasta **Zorita de los Canes**

“situada en una curva del Tajo” y “rodeada de campos de cáñamo”.

Allí contemplan a dos pastores de cabras, uno que

“graba una cayada de fresno a punta de navaja”

y otro que

“se ensaya en sacar silbos de una flauta de caña”.

Y aún se llegan hasta **Almonacid de Zorita**, donde

“estuvo de boticario el poeta León Felipe” (145).

También había pasado por allí Ponz. **Zorita** tenía entonces veinticinco vecinos, una barca para cruzar el Tajo y un molino. En **Albalate** vió buenos olivares y viñedos así como una fuente de muchos caños.

Hubo otros lugares de la Alcarria que también se visitaron pero más bien como paso obligado que como hitos importantes en el camino. **Hontanares, Masegoso, Solanillos, Moranchel, Yélamos, Denche, Picazo, Romanones, Irueste, Tendilla, Peñalver, Mazuecos, Mondéjar, Loranca, Armunia, El Pozo, Pioz, Aranzueque, Alhóndiga o Auñón.** Aunque la tierra de estos últimos cinco le pareció a Tomás de Iriarte

“bastante quebrada, frondosa y fresca”

y la gente

“bastante aplicada a la agricultura y tiene buen modo con los forasteros” (146).

Sin embargo, una localidad que estaba sobre el Camino Real, **Toriya**, por la que se había de pasar a la fuerza, siempre tuvo algún aliciente

(145) CELA, C. J. , *Opus cit.*, págs. 217-220.

(146) IRIARTE, T. de, *Opus cit.*, pág. 77.

para los viajeros, bueno o malo. Es citada por J. B. Lavaña, a quien se le encargó el levantamiento y la formación sobre el terreno de un mapa para Aragón. Pasa por ella el 27 de octubre de 1610:

“Se entra a Torija por un valle estrecho entre montes, habiendo antes huertos y álamos negros por la carretera. A la entrada hay un lagar de aceite, del que se coge mucho, con cuatro piedras” (147).

En cambio, el Barón de Bourgoing, hacia 1780, nos dice que

“un hermoso camino lleva a la miserable aldea de Torija” (148).

Alexandre de Laborde indica que

“se encuentran algunos bosques de encinas cerca de Torija” (149).

Francisco de Paula Mellado especifica que tiene 753 habitantes y casa de postas. Conserva también vestigios de sus murallas

“principalmente el elevado torreón que se halla en la plaza donde está la posada. Celebra una feria que principia el día de San Lucas y dura tres días, en la cual se comercia en ganados mayores y menores. Produce trigo, con el que se hace el rico pan sobado, dicho de Torija, que compran los viajeros que van á Zaragoza y Madrid para llevarlo como regalo” (150).

Y para finalizar, conviene hacer una amplia alusión á **Sacedón** y **Trillo**, lugares muy frecuentados por ciertos viajeros, alguno de ellos enfermizo, que necesitó hacer usos de sus aguas termales, tomándolas, generalmente, en forma de baños.

El uso medicinal de las aguas es muy antiguo. El agua, considerada como un bien mayor, también fué ansiada por los viajeros. Pero los datos que nos han dejado tienen más de descriptivos e históricos que

(147) LAVANA, Ioaó Baptista: *Itinario do Reyno de Aragao adonde andou os vltimos meses do Anno de 1610 & os primeyros do seguinte d'1611*. Copiado por Ignacio de Asso, en el siglo XVIII, del original que estaba en una biblioteca holandesa y que él dejó en poder de la R.S.E.A.A.P., siendo dado a la imprenta por la Diputación Provincial de Zaragoza en 1895.

(148) GARCIA MERCADAL, J., *Opus cit.* Tomo III, pág. 1018.

(149) LABORDE, A. de, *Opus cit.*, pág. 266.

(150) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 266.

de su propia permanencia en ellos, salvo el caso de Jovellanos, de entre los textos que hemos seleccionado.

Por las noticias que nos dan, las aguas termales pueden ser abordadas desde dos puntos de vista. Aquellas aguas que bebidas tienen poderes medicinales para remediar distintas enfermedades (fuentes y manantiales). Y aquellas aguas que deben ser tomadas mediante baños, y que, igualmente, curan males específicos, confundiendo la mayoría de las veces unas con otras.

En la provincia de Guadalajara se conocen desde hace varios siglos los baños de Sacedón y los de Trillo. Y fueron famosas la Fuente Cenica, junto a **Brihuega**, o la Fuente de los Enfermos perteneciente a **Trijueque**, en el camino de Rebollosa, muy buena para hacer la digestión.

En **Sacedón** los Baños que finalmente fueron llamados de “La Isabela”, se conocieron a lo largo de la historia como Baños de Sacedón, habiendo pertenecido en épocas anteriores a 1833 —en que se hizo el reparto territorial de las provincias— a Cuenca, ya que parece que dicha extensión de terreno era la dehesa de “Los Pozos” perteneciente a Huete, que luego en 1592 Felipe II se la cedió a Cavañeruelas. Entre Huete y Cavañeruelas se hizo una concordia en 1645. En 1817 fué cedido este territorio al Rey y su mujer, Isabel de Braganza, quien le propuso que en él se fundara un Real Sitio. Tuvo al principio seis manzanas de casas, una plaza y una calle arbolada. Las obras se terminaron hacia 1825 dividiéndose el espacio en treinta colonias que se concedieron a treinta labradores. El 25 de enero de 1826 una real orden tituló como Real Sitio a “La Isabela”. Vendría después la división territorial y pasó a formar parte de la provincia de Guadalajara.

Las aguas de esta casa de baños se han tomado tanto en baño como en bebida y sirvieron para combatir el reuma, la gota, las erupciones cutáneas, las afecciones nerviosas, las epilepsias, la histeria, las cefalalgias, la hipocondría, las palpitaciones, los cálculos, la bronquitis y los catarros crónicos, etc. Pero aunque se conocían sus beneficiosas curaciones no se analizaron hasta 1844 por los Dres. Rafael Sáez Palacios y Manuel Pérez Manso.

Los baños, no obstante, habían sido visitados y utilizados con anterioridad. En 1669 los visitó Alfonso Limón Montero, que en 1697 ya daba una impresión favorable de estas aguas cuando escribía:

“Las aguas termales de Sacedon an sido en estos nuestros tiempos muy frecuentadas, haciendo en ellas los enfermos de muy diversas enfermedades alivio para los males que padecen; otros iban a ellas con muy leves achaques, y mas por recrea-

cion, que por necesidad; aunque antiguamente y que podemos juzgar desde tiempo de los Romanos ay indicios de aver sido frecuentados, y estimados por los ss. que ellos imperaron a España, y por el tiempo de los Godos, y Arabes, que se siguieron despues. En todas las quales Monarchias fueron delicadissimamente usados los baños en lugares publicos [...]. Corrieron los baños de Sazedon la fortuna comun de los demas, quedando arruynados, aunque en disposicion que en ellos se podian con mucha comodidad bañar los que quisiessen; por que quedo vn recojimēto, y fabricada caxa de piedra sillar muy fuerte, en quadro, y por la parte de adentro de dicha caxa tenia cinco gradas por todo su ambito, por las quales se bajaba hasta el suelo, que tambien tenia enlosado: vno, y otro fabricado de piedra de silleria, y subia la pared como estado, y medio sobre la ultima grada, la qual que daba lugar por su anchura a poderse en ella desnudar, los que quisiessen entrar a bañarse: Tenia tres barenos, a la parte del medio dia en la pared de silleria repartidos proporcionalmente, para poder desaguar el baño, y darle el agua a la altura que quisiessen. Entrabasse a dichos baños por una puerta que estaba en la pared mirando al oriente. Desta suerte los hallé yo el año 1669, por el mes de julio, que fui a beber dichas aguas, y tomar los baños” (151).

Tomás de Iriarte, por consejo médico, hubo de retirarse a Gascuña (Cuenca) en agosto de 1781 para hacer una cura de salud. Pero hasta llegar allí atravesó varios pueblos de la Alcarria. Entre otros, **Sacedón**, de cuyos paisajes hace una encomiable descripción. Pero cuando preparó su obra “Donde menos salta la liebre”, que escribió para la condesa de Benavente, cita este lugar, con la característica de que el manuscrito de dicha obra no llevaba ese título sino el de “Los Baños de Sacedón” (152).

Estos baños de Sacedón vuelven a ser citados por Richard Ford que ¿pasó? por allí entre 1830 y 1833. Describe **Sacedón** como una población que tiene 2.500 personas y que se encuentra en un valle pintoresco que está rodeado de colinas. Dice así de los Baños:

(151) LIMON MONTERO, Alfonso: *Espejo cristalino de las aguas de España, hermoseado, y guarnecido, con el marco de variedad de fuentes y Baños, cuyas virtudes, excelencias, y Propiedades se Examinan, disputan, y acomodan a la Salud, provecho y conveniencias de la vida humana.* (Alcalá: Francisco García Fernández, 1697), pág. 14.

(152) CIORANESCU, A., *Opus cit.* En la pág. 89, toma una nota de la Condesa de Yeves. *La condesa-duquesa de Benavente.* (Madrid, 1955), pág. 98, donde alude al título de dicho manuscrito.

“Los baños calientes, la antigua Thèrmida, son muy frecuentados durante una temporada que va de junio a septiembre por los Madrileños enfermizos, y en esos meses hay una diligencia de la empresa Carsi y Ferrer que va y viene. Las aguas fueron analizadas en 1801, y se describen en un tratado publicado en este mismo año en Madrid por Villalpando. Los principales ingredientes son muriato de cal y magnesia [...]. Fernando VII fundó aquí una pequeña ciudad balneario que se llama ahora el Real Sitio de Isabel” (153) —las fechas no coinciden del todo con nuestros datos—.

Para 1849 los baños de Sacedón están regentados por D. Manuel Pérez Manso. Las aguas pueden tomarse desde el primero de junio hasta finales de septiembre y tienen una temperatura de 22°C (154). Nos dice Francisco de Paula Mellado de ellos:

“Los baños de este pueblo son muy antiguos y justamente celebradas [...las aguas] Al pie del manantial son claras, transparentes, sin olor ni sabor sensibles, y en el espacio de una hora manan 1.088 pies³; siendo sus principales constitutivos el aire atmosférico, muriato de cal y yeso y muriato de magnesia. Las sustancias minerales y plantas de los alrededores [...] son diferentes especies de cuarzos, pudingas, petrosílice, diáspero, calcedonia impura, tierra silícea, con óxido de hierro, margas y piedras cristalizadas como las llamadas de San Isidro. Estos baños surten de excelentes efectos para diferentes enfermedades; y el sr. d. Fernando VII, deseñado proporcionar las posibles comodidades a los enfermos, y muy notables ventajas á toda la comarca, mandó formar á su costa la nueva población de La Isabela, dándola el título de Real Sitio. La casa de baños está como á 200 pasos de la población, que disfruta de un clima muy sano y de aire muy puros. En la temporada de baños, hay servicio de diligencias de Madrid á Sacedón pasando por Guadalajara y también directamente por el Camino especial abierto en 1817” (155).

Efectivamente, el camino abierto para ir desde Madrid tenía una distancia de diecinueve leguas y media, pasando por Torrejón, Los

(153) FORD, R.: *Manual...*, pág. 160.

(154) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 61.

(155) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 280.

Huertos, Anchuelo, Santorcaz, **El Pozo de Guadalajara, Aranzueque, Armunia, Tendilla, Convento de la Salceda, Alhóndiga, Auñón, Sacedón y La Isabela.** Sin embargo, este camino:

“Es muy malo, tanto por el terreno quebrado, como por los pueblos miserables por donde pasa” (156).

Y aunque todos los años se repasaba algo, había quien prefería ir hasta Tarancón aprovechando la diligencia de este punto, llegando a Saelices y Paredes desde donde se podía ir a La Isabela mediante caballería, recorriendo una distancia de siete leguas.

Con todo, el camino de Madrid a La Isabela debía ser angustioso porque también Pascual Madoz escribe al respecto:

“[...] y el de arrecife que desde Madrid conduce á los baños de La Isabela, se halla en buen estado, pero es imponente su tránsito desde que se llega al punto llamado Puerta del Infierno, porque abierto á pico y barreno hasta que se da vista á la villa, por la derecha la elevada y pendiente sierra, de la que parece van a desprenderse enormes peñascos, y por la izquierda el caudaloso Tajo, tan inmediato que para evitar desgracias hay en su orilla malacones y algunos trozos de baranda” (157).

El otro camino, el de la Mancha, era de carruajes, y

“se habilitó para los viajes que Fernando VII hizo á Cuenca y Solán de Cabras” (158).

Es posible que quien mejor describiera estos baños de La Isabela haya sido Pascual Madoz, que para 1850 nos hace saber cómo este Real Sitio y sus baños

“lo forman 26 manzanas de casas que componen hasta 50 de estas, entre ellas un edificio que fue Cuartel de Guardias de Corps; otros dos que sirvieron para caballería é infantería, una casa de oficios, otra para la Real servidumbre, una posada, 2 pabellones en los que se hallan la tienda, taberna, carnicería y horno de pan cocer, 2 fuentes, escuela de instrucción prima-

(156) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 589.

(157) MADDOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. (Valladolid: Ambito, 1987). Tomo II, pág. 272.

(158) MADDOZ, P., *Opus cit.*, pág. 272.

ria [...], una igl. parr., San Antonio de Padua [...], hallándose distribuidos estos edificios en 12 calles rectas y tiradas á cordel, y en dos plazas denominadas La Mayor y de La Constitución; todas las manzanas de casas son de un piso, á escepción de la que ocupa el Real palacio que es de dos [...].”

Para los bañistas:

“solo se conceden en la actualidad 9 manzanas, 8 que ya lo estaban antiguamente y una llamada nueva, habilitada poco há, las primeras tienen 8 cuartos cada una, los 4 de primera clase y otros 4 de segunda; aquellos cuestan 8 rs. diarios, y se componen de las habitaciones siguientes: sala, dos alcobas, despensa ó alcoba de criada, cocina y comun, y en ellas se proporciona todo el menaje y servicio necesario á una casa, excepto colchones y ropa; los cuartos de segunda clase, que cuestan 7 rs. y 1/2, se componen de una sala, una alcoba, despensa, cocina y comun; proporcionándose también menaje y utensilios de servicio, aunque no en tanto número ni de tan fina calidad; en la manzana nueva, que es la mayor de la población, hay dispuestas 14 habitaciones; 4 de primera clase que cuestan 9 rs. diarios, y se componen de sala á la entrada ó recibimiento, alcoba para un criado, despensa, cocina, sala principal con 2 alcobas, gabinete con una y comun; las 10 habitaciones restantes que son de segunda clase y cuestan 8 rs. diarios, las forman un recibimiento, cocina en la que hay despensa y comun, cuarto para un criado, y una sala con 2 gabinetes cada uno de los cuales tiene una alcoba; hay también en esta manzana 4 habitaciones pequeñas é independientes para los jornaleros del Real patrimonio [...].”

Había también

“una cocina general con todos los utensilios necesarios, servida por cocineras á la orden de los bañistas que las quieran emplear [...].”

También había otra cocina común

“en la que los bañistas, pagando el carbón, pueden hacer la comida, bien por sí ó sus sirvientes, ó bien por las cocineras que tiene el Real patrimonio, á las que se paga 1 real diario [...]. Las demás manzanas [...] hállanse blanqueadas en el exterior

y sus puertas y ventanas pintadas de verde, las ocupan los colonos del Sitio y cada uno tiene una habitación compuesta de portal, sala con alcoba, otra sala ó alcoba en el lado opuesto, gran cocina, un cuarto enfrente, patio ó corral con su cobertizo á la mitad, cuadra, pajar, cámaras para los granos, y bodegas ó cuevas en algunas; ninguno de los colonos puede tomar huéspedes de los que concurren á los baños, sin que dichos huéspedes paguen habitación al Real patrimonio, siendo más chocante esta determinación, en cuanto á que también se obliga á pagarla á los que por hallarse ocupadas todas las del patrimonio se ve en la necesidad de hospedarse en casa de algún colono, esceptuándose de esta disposición la Posada ó parador, como propiedad de un particular” (159).

Por lo que a la Casa de Baños propiamente dicha se refiere, Pascual Madoz la describe como una casa de dos pisos hecha con piedra en los cimientos y ladrillos en el resto y con forma de cuadrilátero:

“En el centro de la casa se encuentra el manantial [...], forma un estanque cuadrilátero de piedra asperon [...] con un andito alrededor y su barandilla de hierro; á los lados se hallan los conductos que proveen á los baños de agua, y esta se ve salir del pavimento, formando glóbulos que suben á la superficie como si fuera una olla hirviendo; al E. y O. del repetido manantial, hay 2 patios á los que dan las puertas y ventanas de las habitaciones, y unas galerías sostenidas por pilastras de piedra asperon, formando claustros ó soportales; en el centro de los patios estan los registros por los que se quita el agua á los baños, estos son en numero de 13, incluso los de los pobres y el rey, el cual es mejor y mas claro que los demas [...]; bájase a la poza, que es de tal magnitud que pueden bañarse cómodamente 4 ó 5 personas, por una escalera de 6 á 7 gradas [...]; de una tosca viga que atraviesa la bóveda, pende una cuerda para que asiéndose de ella pueda manejarse con mas facilidad el bañista, y otra cuerda de campanilla para llamar caso de necesidad; cada uno se da el agua que gusta por medio de una llave de bronce, pero no está en su arbitrio quitarla, pues esto se hace por el registro, y aun cuando no se quiera se verifica en pasando la hora prefijada, bien que 1/4 de hora antes se fija por el bañero; al S. de la casa, con entrada por el corral en que

(159) MADOZ, P., *Opus cit.*, pág. 103.

están las cocinas, se hallan los baños destinados para los militares y pobres enfermos; son mayores que los otros, pero más bien que baños parecen unos calabozos, por la falta de luz y suciedad de sus muros; contigua al baño núm. 5, destinada para tomarlos calientes, hay una pieza con su caldera y estufa para dar al agua los grados que disponga el facultativo; á la izq. de la puerta principal del patio de la der., é inmediata á la entrada, se encuentra en una oscurísima pieza la fuente donde se toma el agua para beber; bájase á ella por una gradería de 5 escalones, y no habiendo allí un encargado que sirva, tienen los bañistas que hacerlo por sí, y hasta ir provistos de vasija; cada baño cuesta 4 rs., y para el servicio de ellos hay 2 bañeros y una bañera pagados por el Real patrimonio” (160).

De todos modos, para mayor información Basilio Sebastián Castellanos escribió un texto relativo a estos baños que tituló “La Isabela. Manual del bañista”.

En Trillo hay también otros baños muy importantes, habiendo pertenecido, éstos, siempre a la provincia de Guadalajara. Son mucho más conocidos que los de La Isabela, al menos, con una mayor bibliografía (161), si bien pasaron por varias vicisitudes hasta su definitiva remodelación y adecuación.

Por ejemplo, hacia 1660, cuando los visitó Alfonso Limón Montero

“no había más casa ni comodidad que una cabaña que se hizo de brozas” (162).

Así que este Balneario debió esperar a la llegada de Carlos III al poder para que le sacara de su completo abandono. Miguel M. de Nava-Carreño se lo dió a conocer al Rey y éste le nombró “gobernador y director de las Casas de Beneficiencia y Baños Termales de la villa de Trillo”, haciendo Casimiro Ortega el estudio químico de las aguas (163). Se instalan oficialmente en 1777 y comienzan a hacerse unas buenas canalizaciones, descubriéndose nuevos manantiales o

(160) MADOZ, P., *Opus cit.*, pág. 105.

(161) Algunas de las obras que tratan sobre los Baños de Trillo fueron recogidas por el Dr. Antonio HERRERA CASADO en dos artículos aparecidos en el Semanario “Nueva Alcarria” (28 septiembre 1974, págs. 19-20 y 5 octubre 1974, pág. 5). Remito a ellas.

(162) LIMON MONTERO, A., *Opus cit.*, págs. 289-297.

(163) HERRERA CASADO, A.: *Los baños de Trillo. I.* (Guadalajara. “Nueva Alcarria” nº 1867, 28 septiembre 1974), pág. 19.

fuentes que se llamaron del Rey, Princesa, Condesa y de la Piscina y se crearon los desagües, rematándose el edificio que había de ser el Hospital Hidrológico que para 1780 ya acogía

“12 plazas con la dotación de alimentos, cama y asistencia necesaria para ocho hombres y cuatro mujeres de continua residencia en él” (164).

Para 1802 ya se habían desatendido, no había médico, el Hospital no tenía camas ni utensilios y los enfermos pobres se habían quedado sin albergue. Inocencio Bejarano, obispo de Sigüenza, se encargó de volver a poner en utilidad los baños de pobres y militares, mejoró las hospederías, abrió de nuevo el hospital, aumentó las camas y le dotó de ropas y de utensilios. Después volvieron a abandonarse. Con Fernando VII se nombra en 1816 a José Brull director de los Baños. En 1829 los dirige Mariano González y Crespo quien construyó la Fuente de la Salud y la de Santa Teresa e hizo algunos estudios sobre las aguas:

“Durante su mandato se montó también la calefacción por medio de generadores de vapor” (165).

Después entraron en un período de olvido.

Nos dice Pascual Madoz que las aguas de estos baños contienen:

“gas, oxígeno y azoe, hidroclorato de cal e hidrosulfato de la misma base, hidroclorato de sosa, hidroclorato de magnesia, sulfato de cal, ácido hidro-sulfúrico, ácido carbónico, carbonato de hierro y azufre” (166).

Fundamentalmente, estas aguas curan enfermedades cutáneas, reumas crónicos, artrosis, gota y cólicos nerviosos.

Algunos viajeros pasaron por Trillo y los dejaron descritos. Además de Alfonso Limón, hacia 1777, pasó por allí Antonio Ponz, quien nos dice que Trillo tenía alo más de cien vecinos y los baños:

“Después que se ha caminado cosa de media hora desde Trillo contra la corriente del río [Tajo], se llega al paraje donde están

(164) HERRERA CASADO, A., *Opus cit.*, tomando la información de Marcial TABOADA: *1 Centenario de los establecimientos balnearios de Carlos III en Trillo*.

(165) HERRERA CASADO, A., *Opus cit.*, pág. 19.

(166) MADOZ, P., *Opus cit.*, pág. 420.

los baños, reducidos en el día á una forma muy cómoda y decente; lo que en la mayor parte se debió al zelo de don Miguel Maria de Nava, del Consejo, y Cámara de S. M., quien se esmeró quanto le fue posible en poner dichos baños en el estado que hoy se ve para consuelo de los dolientes que concurren á ellos.

Se han construido, pues, diferentes edificios, uno para dos baños, otro para quatro con separación, decencia, y comodidad; otro se ha destinado para hospital con doce camas para los pobres que no tienen posibilidad de coche para ir, y venir á la villa de Trillo, donde se alojan los que tienen conveniencias. Hay otro baño que llaman de la Condesa de Cifuentes, á la misma margen del Tajo; y como un tiro de fusil mas arriba se ha construido otro para leprosos” (167).

Gaspar Melchor de Jovellanos no sólo fue un viajero que visitó los Baños de Trillo, sino que además permaneció allí varios días tomando sus aguas. Llegó a Trillo a las nueve de la tarde del miércoles, 22 de agosto de 1798, según nos relata en sus “Diarios”, hospedándose en casa de don Narciso Carrasco, que dice ser limpia y cómoda. Fué el sábado 25, cuando

“vino el agua del mineral; tres vasos bebidos en casa, después chocolate con leche; no se movió el vientre, ni a la deposición ordinaria, sí la orina que obró abundantemente; con todo, me resolví a buscar otro día las aguas en su origen”.

El sábado, 1 de septiembre:

“a las seis y media a las aguas: tres vasos [de ‘cortadillo’ de La Granja, de un cristal finísimo]; paseo largo, chocolate, dos vasos de agua común; la evacuación tardía, pero cumplida” (168).

El resto del día lo pasaba ocupado en la lectura, despachando la correspondencia o de tertulia con sus amistades (Madame Vera Fons, barón de Les, el capellán, etc.). Y alude a su dedo índice de la mano derecha, que lo siente singularmente débil hasta el punto que los dolores le impedían escribir.

(167) PONZ, A., *Opus cit.* Tomo XIII. Carta Segunda, 14-15, págs. 41-42.

(168) JOVELLANOS, G.M. de, *Opus cit.*, pág. 263.

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un manuscrito en cuarto, pliegos sueltos, con 21 folios, de una obrita titulada "Las aguas de Trillo", trabajo anónimo que tampoco presenta la fecha de su edición. Es un sainete en el que se describen las diversiones y licencias que se permite un marqués artrítico (169).

Richard Ford también los cita aludiendo a que son frecuentados

"por los madrileños enfermizos",

(nos hace pensar que no llegó hasta este lugar, sino que describía los baños basándose en Itinerarios y Guías de Viajeros de la época, pese a que haga gala de sus viajes a caballo por zonas recónditas del país). Hace alusión, como lo hicieron otros, al Baño llamado la Piscina.

"destinado especialmente para leprosos, y hay también un Hospital en el que se recibe a los pobres, y bien pobremente por cierto" (170).

Francisco de Paula Mellado cita, igualmente, estos Baños, que dice que se abren

"todos los años en la temporada en que se recoge determinado número de hombres y mujeres pobres, á quienes se da una cama y el alimento necesario, mientras tienen necesidad de beber las aguas termales y tomar los baños por disposición del médico [...]. Estos baños se abren el 15 de junio hasta el 15 de septiembre. En la temporada de baños parten de Madrid diligencias y góndolas que pasando por Guadalajara conducen a los bañistas a Trillo" (171).

También en los Baños de Trillo sitúa Pío Baroja a unos personajes que van allí para curar sus artritismos y que le sirvieron de excusa para escribir la novela "La venta de Mirambel", complicándose después mucho el argumento con las guerras carlistas.

Camilo José Cela pasa en 1946 por Trillo, donde le presentan al alcalde y sin tener mucho que decirse, escribe:

(169) Para un resumen de su contenido consúltese A. HERRERA CASADO: *Los baños de Trillo, II*. (Guadalajara. "Nueva Alcarria" nº 1868, 4 octubre 1974), pág. 5.

(170) FORD, R.: *Manual...*, pág. 189.

(171) MELLADO, F. de P., *Opus cit.*, pág. 218.

“Caminando por el pueblo de un lado para otro pronto surge en la conversación el tema de la leprosería.

—Al principio andábamos un poco escamados con esto de la lepra; ahora ya nos vamos haciendo.

Un hombre viejo, tercia:

—La pena fué que se perdieran los baños de Carlos III, que eran famosos en toda España. Ya sabrá usted lo que decía el refrán: que Trillo todo lo cura, menos gálico y locura [...].

Ya en la posada, esperando la cena, el viajero lee lo que dice de las aguas de Trillo, en el libro que le regaló Julio Vacas en Brihuega, don Ramón Tomé, traductor del Tratado práctico de la gota, y autor del Tratado de los Baños y Fuentes de aguas minerales, que va al final. Don Ramón Tomé explica brevemente la situación de la villa —a dos leguas de Cifuentes, a orillas del Tajo, en la provincia de Guadalajara, y obispado de Sigüenza—, y repite el testimonio de don Eugenio Antonio Peñafiel, médico de Trillo, ya reseñado en la Relación de las aguas escrita por don Casimiro Ortega, y el curioso caso del barón de Mesnis, primer teniente de Reales Guardias Walonas, hombre que, por lo visto, llegó baldado a Trillo, y después de algunos días de tomar las aguas mezcladas con suero de cabra, empezó a mejorar y pudo retirarse a la Corte, según dice el cronista, lleno de consuelo. Esto sucedía en 1768” (172).

Otros baños de muchísima menor categoría debieron ser los de **Mantiel**, que aunque con manantiales de aguas muy finas, únicamente son citados por Camilo José Cela, de pasada, en su obra “Viaje a la Alcarria”.

CONSIDERACION FINAL

Hasta aquí hemos presentado una relación de textos y de autores que nos parecía acorde con el contenido específico de cada sección tratada. Pero queremos manifestar que esta relación no ha sido exhaustiva ya que, como puede verse en el Apéndice de Viajeros —que tampoco está completo—, fueron muchos otros, además de los mencionados, los que pasaron por la Provincia. Sin embargo, nos ha sido difícil conseguir sus textos o todavía estamos en trámite con algunas Bibliotecas Nacionales a la espera de recibir los Microfilmes de algunas de las

(172) CELA, C. J., *Opus cit.*, págs. 119-121.

páginas de dichas obras. Consideramos, no obstante, que para una aproximación al tema, lo presentado aquí puede ser suficiente. La captación de nuevos datos nos puede deparar sorpresas ilustrándonos sobre paisajes geográficos que en este primer trabajo no hayan sido tratados.

Hemos huido, premeditadamente, de transcribir una detrás de la otra, cronológicamente, las rutas íntegras de cada viajero, pero sí desde los más antiguo hasta lo más moderno (nos hemos fijado la fecha de 1976) hemos ido entresacando párrafos ilustrativos de cada uno de ellos. No hemos aludido, tampoco, a todos esos últimos publicados desde lo más antiguo hasta lo más moderno (nos fijamos como tope la fecha de 1976) hemos ido entresacando párrafos ilustrativos de cada uno de ellos. No hemos aludido, tampoco, a todos esos últimos trabajos publicados (desde la década de los setenta hasta la actualidad) que aunque con el título de “Viaje...” de alguno de ellos, nos parecieron más bien pequeños estudios de arte o formas de abrirse camino hacia las cumbres, al haber sido escritos por personas relacionadas con el montañismo (García Perdices y otros). Tampoco se ha usado el “Nuevo Viaje a la Alcarria”

No queremos dejar de citar —porque en la Bibliografía no está incluido hasta este momento ya que no hemos usado sus palabras textuales— el trabajo de Gaspar Gómez de la Serna sobre “Los Viajeros de la Ilustración” (173) que referido en general a toda España, nos ha servido para entender y asimilar la postura de varios viajeros españoles. Tienen sentido, bajo sus explicaciones, los planteamientos de Antonio Ponz, cuando pretende utilizar la fuerza de varios riachuelos en torno a Sigüenza, el Tajo en las inmediaciones de Trillo o el carbón vegetal que podría facilitar la zona de la Alcarria si se aprovecharan las encinas. También es Gómez de la Serna quien ha marcado los hitos literarios en las descripciones de ciertos viajeros en los que hay una voluntad clara de dejar inmortalizados ciertos paisajes.

Enlazando con el tema literario sería injusto no aludir al trabajo de José Esteban “Guadalajara en la obra de Galdós” (174), por las amplísimas alusiones que este escritor hizo y que José Esteban, pacientemente recopiló, aunque nosotros no lo hemos incluido en nuestro texto, pero que recomendamos consultar.

Ha sido una ayuda inestimable también “La España vista por los Extranjeros” que en su día realizara José García Mercadal, que si bien

(173) GOMEZ DE LA SERNA, G.: *Los Viajeros de la Ilustración*. (Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, LXIII-2, 1957). Págs. 569-592.

(174) ESEBAN, J.: *Guadalajara en la obra de Galdós*. (Madrid: Almarabu, 1985). 63 págs.

traducida de una obra francesa, se ha podido comprobar con posterioridad que, de por sí, el traductor francés ya no fue fiel a las versiones originales, por lo que hoy es aconsejable cotejar la traducción de García Mercadal con la versión auténtica del autor de que se trate. Con todo, la labor de José García Mercadal fue ingente; de ahí que hoy queramos reconocer su esfuerzo, ya que su trabajo sigue siendo de obligada consulta.

También es útil manejar el trabajo de Moisés García para conocer con amplitud cuál fue la situación de las ventas españolas (175).

Y por nuestra parte, nada más. Sólo resta decir que nos gustaría seguir trabajando sobre este tema esperando poder dar cuenta en estos mismos "Cuadernos" de las informaciones que algunos otros Viajeros, aquí no contemplados, nos aportaron de Guadalajara y su provincia.

María Elisa SANCHEZ SANZ

(175) GARCIA DE LA TORRE, M.: *Las ventas en la España del Antiguo Régimen*. (Madrid: C.S.I.C., 1979). Hispania, 142. Págs. 397-453.

APENDICE DE LOS VIAJEROS

h. 1150	EL IDRISI	Guadalajara	Arabia
1446-48	Anónimo alemán	Guadalajara, Sigüenza	Alemania
1494-95	G. MUNTZER	Guadalajara, Sigüenza	Alemania
1502	A. DE LALAING	Guadalajara, Hita, Jadraque, Baidés, Sigüenza	Bélgica
1524-1526	A. NAVAGERO	Tordelrábano, Paredes, Sigüenza, Baidés, Jadraque, Hita, Guadalajara	Italia
1535	F. DE WITTELBASCH	Sigüenza, Hita, Guadalajara	Alemania
1546	G. BARREIROS	Guadalajara, Hita, Sigüenza	Portugal
1567	S. DI CAVALLI	Alboreca, Sigüenza, Baidés, Los Molinos, Hita, Guadalajara	Italia
1582	Ph. CAVEREL y J. SERRAZIN	Guadalajara, Hita	Francia
1585	H. COCK	Camino Real por la provincia de Guadalajara y Lupiana, Brihuega, Molina	Holanda
1610	J. B. LAVAÑA	Camino Real por la prov. de Guadalajara	Portugal
1611	J. SOBIESKI	Guadalajara	Polonia
1616	W. CECIL	Sigüenza, Pastrana	Gran Bretaña
1626	F. BARBERINO	Guadalajara	Italia
1650	W. EDGEMAN	Guadalajara	Gran Bretaña
1654	R. BARGRAVE	Sigüenza	Gran Bretaña
1668-69	C. di MEDICIS	Camino Real por la prov. de Guadalajara	Italia
1669-70	MARTIN	Marchamalo, Yunquera, Jadraque, Rebollosa	Holanda
1672	A. JOUVIN	Sigüenza...	Francia
1677	F. FABRO BREMUDANS	Camino Real y Atienza, Jadraque y Yunquera	España
1698	F. de TOURS	Fontanar, Sigüenza	Francia
1701-4	A. UBILLA y MEDINA	Camino Real y Atienza, Jadraque, Sopenetrán	España
1721	Duque de SAINT-SIMON	Guadalajara	Francia

1755	N. CAIMO	Sigüenza, Villaviciosa, Lupiana, Guadalajara	Italia
1768-9	G. BARETTI	Camino Real, Jadraque	Italia
1777-85	J. F. de BOURGOING	Guadalajara	Francia
1778	J. TALBOT DILLON	Paredes, Jadraque	Gran Bretaña
1781	T. de IRIARTE	Parte de la Alcarria	España
1784	Marqués de LANGLE	Guadalajara, Sigüenza	Francia
1786	J. TOWNSEND	Camino Real por la prov. de Guadalajara	Gran Bretaña
1769	A. PONZ	Varias localidades	España
1793	A. CONCA	Guadalajara	Italia
1798	G. M. de JOVELLANOS	Alcarria y Trillo	España
1800	A. de LABORDE	Varias localidades	Francia
1808	F. X. RIGEL	Guadalajara, Brihuega, Trillo	Alemania
1808	R. VAUGHAN	Camino Real	Gran Bretaña
1808-13	General HUGO	Guadalajara, Pastrana, Trillo, Brihuega, Sigüenza, Cifuentes, Cogolludo, Auñón, Jadraque...	Francia
1808-13	Conde MIOT	Guadalajara	Francia
1822-23	M. J. QUIN	Guadalajara	Gran Bretaña
1830-33	R. FORD	Varias localidades	Gran Bretaña
1834	L. VIARDOT	Guadalajara	Francia
1835	Ch. DIDIER	Guadalajara, Alcarria	Francia
1836-40	G. BORROW	Guadalajara, Fuentelahiguera de Albatajes	Gran Bretaña
1837	E. BOISSIER	Guadalajara	Francia
1837	F. LICHNOWSKI	Guadalajara, Alcarria	
1838	Ch. DEMBOWSKI	Guadalajara	Italia
1841	F. de P. MELLADO	Varias localidades	España
1841	J. M. QUADRADO	Varias localidades	España

1850	H. MORITZ WILLKONM	Molina de Aragón	Alemania
1861	A. FLORES	Guadalajara	España
1862	Ch. DAVILLIER	Guadalajara, Sigüenza	Francia
1871-74	H. WILLIS BAXLEY	Sigüenza, Guadalajara	Gran Bretaña
1880-81	F. R. Mac CLINTOCK	Guadalajara, Sigüenza	Gran Bretaña
1881	A. LORT-SERIGNAU	Guadalajara	Francia
1882	W. LAUSER	Guadalajara	Gran Bretaña
1886	A. MATHIEU	Guadalajara	Francia
1887-91	G. BERNARD	Hiendelaencina, Sigüenza, Guadalajara	Francia
1888	G. de SAINT-VICTOR	Guadalajara	Francia
1891	E. PARDO BAZAN	Guadalajara, Sigüenza	España
1894	C. BOGUE LUFFMAN	Camino Real	Gran Bretaña
h. 1930	J. ORTEGA Y GASSET	Sigüenza...	España
1930	M. P. del RIO-COSSA	Guadalajara	España
1946	C. J. CELA	Alcarria	España
1976	J. ANDRES RIOFRIO	Cardoso de la Sierra	España

INDICE DE TOPONIMOS DE GUADALAJARA Y SU PROVINCIA

- Río Ablanquejo: 51.
 AGUILAR DE ANGUITA: 7, 8.
 ALBALATE DE ZORITA: 62.
 ALBORECA: 45.
 ALCARRIA, La: 3, 12, 26, 27, 30, 33, 41, 42, 48, 55, 56, 57, 59, 60, 62, 65, 75, 75.
 ALCOCER: 32.
 ALCOLEA DEL PINAR: 3, 7, 8, 9, 32, 33, 51, 52.
 ALCORLO: 44.
 ALGORA: 7, 25, 32.
 ALHONDIGA: 7, 62, 67.
 ALMADRONES: 7, 13, 16.
 ALMONACID DE ZORITA: 18, 27, 62.
 ALOVERA: 7.
 Pico Alto Rey: 43, 47, 51.
 ANCHUELA: 7, 8, 28, 51, 53, 54.
 ANGUITA: 6, 7.
 Montes de Aragoncillo: 51.
 ARAGOSA: 48.
 ARANZUEQUE: 7, 9, 12, 25, 28, 62, 67.
 Río Arles: 55, 61.
 ARBETETA: 55.
 ARMALLONES: 55.
 ARMUNIA: 62, 67.
 ARROYO DE LAS FRAGUAS: 50.
 ATIENZA: 5, 7, 14, 33, 43, 44, 49.
 AUÑON: 7, 62, 67.
 AZAÑON: 55.
 AZUQUECA DE HENARES: 3, 32, 34.
 BAIDES: 7, 22, 46, 47, 51.
 BALBACIL: 7, 8, 52.
 Río Bornova: 34, 43.
 BRIHUEGA: 3, 7, 32, 38, 56, 57, 58, 65, 74.
 BUDIA: 30, 32.
 BUJALARO: 7, 46, 47, 51.
 BUJALCAYADO: 44.
 BUJARRABAL: 7.
 BUSTARES: 50.
 Río Cabanillas: 51.
 CABRERA: 48.
 Altos de Cabrera: 51.
 Río Cabrilla: 54.
 Sierra de los Caldereros: 51.
 CAMPILLO DE RANAS: 44.
 CAMPIÑA, La: 33, 34, 41, 43.
 Río Cañamares: 34, 43.
 CARDOSO DE LA SIERRA: 12.
 CARRASCOSA: 59.
 CASA DE UCEDA: 42.
 CASAR DE TALAMANCA: 34.
 CASAS DE DON GALINDO: 47.
 CASASANA: 30, 31.
 CIFUENTES: 3, 7, 12, 55, 59, 60, 72, 74.
 Río Cienfuentes: 59.
 COGOLLUDO: 7, 44.
 CONCHA: 7.
 CORDUENTE: 51.
 CHECA: 54.
 CHILOECHES: 7.
 DENCHE: 62.
 Sierra del Ducado: 43.
 Arroyo de las Dueñas: 34.
 Río Dulce: 43, 46.
 DURON: 32, 55.
 ESCALERUELA, La: 55.
 EMBID: 3, 6, 7, 8, 32, 33, 51, 52.
 FONTANAR: 7, 41, 42.
 FUENTELAHIGUERA DE ALBATAJES: 42, 43.
 FIENDELVIEJO: 7.
 FUENTES DE LA ALCARRIA: 22.
 GAJANEJOS: 7, 23.
 Río Gallo: 8, 51, 54.
 GARGOLES: 12, 30, 31, 60.
 GUADALAJARA: 3, 7, 13, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 26, 29, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 46, 51, 66, 73.
 GUIJOSA: 7.
 Río Henares: 34, 41, 43, 45, 46, 47.
 HERAS: 7.
 HIENDELAENCINA: 43.
 HINOJOSA: 32.
 HITA: 7, 8, 22, 26, 45, 46, 47.
 Cerro de la Horca: 55.
 HONTANARES: 62.
 HORNA: 6, 48.
 Río Hoz Seca: 51.
 HUERCE, La: 50.
 IMON: 43, 44.
 IRUESTE: 62.
 LA ISABELA: 7, 10, 64, 66, 67, 70.
 JADRAQUE: 3, 19, 22, 45, 50.
 Río Jarama: 11, 34, 42, 43.
 Río Jaramilla: 11.
 JIRUEQUE: 45.
 Pico Lobo: 43.
 LORANCA: 62.

Río Lozoya: 42.
 LUPIANA: 24, 33, 56.
 LUZON: 6, 7.
 MAJAELEYO: 43, 50.
 MANDAYONA: 48.
 MANTIÉL: 74.
 MARANCHÓN: 7, 51, 53.
 MARCHAMALO: 7, 42.
 MASEGOSO: 62.
 Río Matayeguas: 55.
 MAZUECOS: 62.
 MEMBRILLERA: 8.
 Río Mesa: 51.
 MIRABUENO: 7, 24, 33, 47, 48.
 MIRALRÍO: 7, 46, 47.
 MOHERNANDO: 34.
 MOLINA DE ARAGÓN: 7, 32, 33, 43, 51,
 52, 54.
 LOS MOLINOS: 46.
 MONDEJAR: 32, 56, 62.
 Monasterio de Monsalud: 33.
 MORANCHEL: 62.
 MORATILLA: 7, 47.
 MUCHERA: 41.
 NAVA DE JADRAQUE: 50.
 Pico Ocejón: 11, 43, 44, 49, 51.
 LA OLMEDA DE JADRAQUE: 44.
 LA OLMEDA DE COBETA: 51.
 EL ORDIAL: 50.
 OREA: 51, 55.
 OTER: 59.
 Monasterio de Ovila: 33.
 PADILLA DEL DUCADO: 51.
 PADILLA DE HITA: 7, 41, 45.
 PALANCARES: 50.
 PAREDES DE SIGUENZA: 45.
 PAREJA: 30.
 PASTRANA: 7, 30, 31, 32, 56, 60, 61.
 PEÑALVER: 62.
 PERALEJOS DE LAS TRUCHAS: 51,
 54, 55.
 PEREGRINA: 48.
 PICAZO: 62.
 PIOZ: 7, 62.
 EL POZO DE GUADALAJARA: 7, 28,
 62, 67.
 PROVINCIA DE GUADALAJARA: 2, 3,
 4, 5, 13, 16, 19, 21, 23, 31, 34, 42, 55, 64,
 70, 74, 76.
 LA PUERTA: 30, 31.
 Puerta del Infierno: 67.
 REBOLLOSA: 45, 64.
 EL RECUENCO: 32, 55.
 Río Recacho: 43.
 RENERA: 26.
 RIENDA: 44.
 RIOFRÍO: 45.
 ROMANONES: 62.
 RUGUILLA: 59.
 SACEDÓN: 7, 12, 17, 20, 30, 33, 55, 63, 64,
 65, 66, 67.
 Convento de la Salceda: 25, 67.
 SALMERÓN: 32.
 Río San Andrés: 55.
 Monasterio de San Blas: 33, 58.
 SAUCA: 3, 7.
 SERRANIAS, Las: 33, 43, 49, 50.
 SIGUENZA: 3, 6, 7, 8, 9, 13, 14, 19, 20, 22,
 23, 29, 32, 33, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 71,
 74, 75.
 SILLAS: 52.
 SOLANILLOS: 62.
 Abadía de Sopedrán: 26, 41, 42.
 Río Sorbe: 34.
 LA TAGUENZA: 55.
 Río Tajo: 18, 34, 51, 54, 55, 62, 71, 74, 75.
 Río Tajuña: 12, 51, 55.
 TAMAJÓN: 43.
 TARACENA: 7.
 TARTANEDO: 7.
 TENDILLA: 7, 25, 30, 62, 67.
 TORDELABANOS: 45.
 TORIJA: 7, 15, 16, 23, 25, 30, 32, 51, 62, 63.
 TORTUERA: 7, 51, 52, 53, 54.
 TORRE DEL BURGO: 7.
 TORREMOCHA: 3, 7, 16, 23.
 LA TORRESAVIÑAN: 7.
 TRIJUEQUE: 7, 22, 64.
 TRILLO: 3, 7, 9, 17, 28, 30, 33, 55, 56, 60,
 63, 64, 70, 71, 72, 73, 74, 75.
 UCEDA: 34, 42.
 UMBRALEJOS: 50.
 Río Ungria: 55.
 VALDENOCHEs: 7.
 VALDENUÑO-FERNÁNDEZ: 34.
 VALTABLADO: 55.
 VALVERDE DE LOS ARROYOS: 44, 50.
 Río de la Vega: 55.
 Tetas de Viana: 55.
 VILLANUEVA DE ALCORÓN: 55.
 VILLASECA: 48.
 VILLAVICIOSA DE TAJUÑA: 23, 24,
 33, 47, 58.
 YELAMOS: 9, 62.
 YUNQUERA: 34, 41.
 ZORITA DE LOS CANES: 18, 55, 62.

BIBLIOGRAFIA SOBRE ETNOLOGIA Y FOLKLORE DE GUADALAJARA

— 1987 —

- AGROMAYOR, Luis: *España en fiestas*. Madrid, Aguilar, S.A., Col. Imagen de España, 1987, 432 pp. ("La Caballada", en pp. 188-201).
- BATANERO OCHAITA, Angel: *Cancionero de Trillo (Guadalajara)*. Sigüenza, Ed. Excmo. Ayuntamiento de Trillo, 1987, 229 pp., fotod b/n., y cinta cassette.
- CABRERIZO PAREDES, Enrique: *La Virgen de la Esperanza y su santuario en la villa de Durón*. Guadalajara, 1987, 60 pp. fotos b/n.
- Comunicaciones y ponencias. I Congreso Joven de Historia de Castilla-La Mancha*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. (Col. Actas, 7), 1987, 345 pp. Contiene: Instituto de Bachillerato Buero Vallejo de Guadalajara: "Juego popular de Castilla-La Mancha" (pp. 122-132); Escuela Mixta de Solanillos del Extremo: "Mi pueblo" (pp. 133-139), e Instituto de Bachillerato Buero Vallejo de Guadalajara: "Adivinancero popular castellano-manchego" (pp. 342-345).
- FERNANDEZ GARCIA, Matias: *El Rey de los Patones. Historia o Leyenda*. Madrid, Tierra de Fuego Editores, 1987, 150 pp., dibs. y fotos b/n.
- LOPEZ DE LOS MOZOS, J. Ramón y MATEO VIÑUELAS, Raquel: "Datos sobre otra botarga desaparecida: La de Casa de Uceda", *Revista de Folklore*, 74 (Valladolid, 1987), pp. 49-55.
- MARCHAMALO SANCHEZ, Antonio y MARCHAMALO MAIN, Miguel: *La Encomienda de Mohernando y el Condaño de Humanes. Historia, Arte y Tradiciones en la Campiña del Henares*. Madrid, Institución Provincial de Cultura "Marqués de Santillana", 1986 [1987]. Prólogo de A. Herrera Casado, 349 pp., fotos b/n.
- OTERO GONZALEZ, Laureano: "Breves notas sobre Ntra. Sra. la Virgen de la Mayor", *Abside*. Boletín de la Asociación de Amigos de la Catedral de Sigüenza, 2 (agosto 1987), pp. 4-5.
- PECES RATA, Felipe-Gil: *Nuestra Señora la Virgen de la Mayor Patrona de Sigüenza*. 40 pp. 2 fotos color y 6 b/n. Sin pie de imprenta. [1987].
- SANZ Y DIAZ, José: "El saber popular en el Marqués de Santillana", *Revista de Folklore*, 77 (Valladolid, 1987), pp. 178-180.

NUMEROS PUBLICADOS

N.º 0 ALONSO RAMOS, José Antonio: "Canciones tradicionales de la Navidad alcarreña", (52 págs.)

N.º 1 GARCIA SANZ S.: "Botargas y enmascarados alcarreños (Notas de Etnología y Folklore). (60 págs.)

N.º 2 LOPEZ DE LOS MOZOS, J. Ramón: "La «Carta de Candelas» de El Casar en un manuscrito inédito de 1901". (Págs. 7-35)

NIETO TABERNE, Tomás: "Apuntes sobre las cuevas-bodega y su utilización". (Págs. 39-68)

FERNANDEZ SERRANO, Tomás.: "Transcripción de la autorización por la que se crea en la villa de Tendilla la Cofradía de la Vera Cruz. Año de 1554", (Págs. 69-85)

MARTINEZ GOMEZ-GORDO, Juan Antonio: "El folclore gastronómico seguntino". (Págs. 87-96)

GARCIA SANZ, Sinforiano.: "Breves datos de la desaparecida «soldadesca» de Codes". (Págs. 97-100)

N.º 3 COSTERO DE LA FLOR, Juan Ignacio: "Folclórica de Arbeteta". (Págs. 7-42).

HERNANDEZ ROJO, Lorenzo, (recop.): "Canciones de ronda y seguidillas tradicionales de Romanones" (Págs. 44-53).

GARCIA MUÑOZ, Luis Manuel y GRUPELI GARDEL, Juan Bautista.: "Manifestaciones tradicionales de Yebes" (págs. 55-60).

El precio de suscripción anual es de 1.000 pesetas.

Imp. Utrilla - Dep. Legal: GU - 6 - 1987

ISSN 0213-7399 (Cuadernos de Etnología de Guadalajara).

